

CRISTIANDAD

Año XXVII - NUMERO 497

BARCELONA

JULIO 1972

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



SUMARIO

FRAG. DE LA HOMILIA DE S. S.
EL PAPA EL DIA DE S. PEDRO

PEDRO, FUNDAMENTO
DE UNIDAD

Paulo VI

LA EUCARISTIA Y LA PARUSIA
Bogumil Lewandowski

LO SOBRENATURAL
Y LA SECULARIZACION
DEL NATURALISMO

Roberto Cayuela, S. I.

«LOS ERRORES A LA LUZ
DE LA VERDAD»

M. M. Doménech I.

ESTO NO ES «AGGIORNAMENTO»
Angelo dell'Accua

BUSCANDO MIS AMORES

Fr. Antonio de Lugo O. S. H.

AL MEDIO SIGLO, 1917
EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA
AÑO CRUCIAL: LA ENTRADA
EN GUERRA DE LOS ESTADOS
UNIDOS-XXXIV

Luis Creus Vidal

LIBERTAD Y LIBERTINAJE
EL ORGULLO DE LA VIDA

Severiano del Páramo

EL PODER DE LA ORACION
PARA OBTENER LAS GRACIAS
NECESARIAS AL PROJIMO

Enrique Ramière, S. I.

JUANA DE ARCO, EUROPA
Y LA INTERNACIONAL CRISTIANA
Pierre Virion

ADMINISTRACIÓN: Lauria, 15, 3.º - (10)

Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

«SED FUERTES EN LA FE PARA CONTRARRESTAR EL PODER DE LAS TINIEBLAS» *

Refiriéndose a la situación de la Iglesia de hoy, el Papa ha afirmado:

... tener la sensación de que por cualquier fisura ha entrado el humo de Satanás en el templo de Dios. Es la duda, la incertidumbre, la problemática, la inquietud, la insatisfacción, la comparación. No se fían de la Iglesia; se fían del primer profeta profano que viene a hablarles, de cualquier periódico, o de cualquier movimiento social para seguirlo y preguntarle si tiene la fórmula de la verdadera vida. Por el contrario ya no nos damos cuenta de ser nosotros amos y maestros. Ha entrado la duda en nuestras conciencias y ha entrado por ventanas que, por el contrario, debían estar abiertas a la luz. De la ciencia, que ha sido hecha para entregarse a verdades que no separan de Dios sino que lo hacen acercarse todavía más y alabarle con mayor intensidad, ha venido, por el contrario, la crítica, ha venido la duda. Los científicos son los que más penosamente y más dolorosamente han bajado la frente. Y acaban por enseñar: "No, no sabemos, no podemos saber". La escuela viene a ser palestra de confusiones y de contradicciones a veces absurdas. Se celebra el progreso para poder demolerlo después con la revolución más extraña y más radical, para negar todo lo que se ha conquistado, para volver a lo primitivo después de haber exaltado tanto los progresos modernos.

También en la Iglesia reina este estado de incertidumbre. Se creía que después del Concilio vendrían días luminosos para la historia de la Iglesia. Por el contrario han venido días nublados, tempestuosos, vacíos,

* Lo escrito a todo lo ancho son palabras textuales del Papa; lo entrado explicación que del resto publica *L'Osservatore Romano* del 30 de junio y 1 de julio de 1972 en que se publica la homilía que S. S. pronunció en la misa el día de San Pedro y San Pablo y de la cual tomamos los anteriores fragmentos.

de búsqueda, de incertidumbre. **Predicamos el ecumenismo y nos distanciamos cada vez más de los otros. Procuramos ahondar abismos en vez de llenarlos.**

¿Cómo ha ocurrido esto?

El Papa ha confiado a los presentes su pensamiento: ha sido la intervención de un poder adverso. Su nombre es el Demonio, este ser misterioso del que hace alusión la carta de San Pedro. Por otra parte lo alude el Evangelio muchas veces, en los labios de Cristo vuelve la mención de este enemigo de los hombres. Y ha observado el Santo Padre:

Creemos en algo de preternatural venido del mundo que le es propio para turbar, para sofocar los frutos del Concilio Ecuménico, y para impedir que la Iglesia exultase en el himno de gozo de haber recibido en su plenitud la conciencia de sí. Por esto queremos ser capaces más que nunca en este momento de ejercitar la función asignada por Dios a Pedro de confirmar en la Fe a los hermanos. Nos queremos comunicaros este carisma de la certeza que el Señor da a aquel que lo representa aunque indignamente en este mundo. La fe nos da la certeza la seguridad, cuando está fundada en la palabra de Dios... quien cree con sencillez, con humildad, siente que está en buen camino y tiene un testimonio interior que lo conforta en la difícil conquista de la verdad.

El Señor, se nos muestra a Sí mismo como luz y verdad a quien lo acepta en su Palabra, y su Palabra no es obstáculo a la verdad y al camino hacia el ser pero en un grado del que podamos salir y ser de verdad conquistados del Señor que se muestra a través del camino de la fe este anticipo es garantía de la visión definitiva.

Al subrayar otro aspecto de la humanidad contemporánea, Paulo VI ha recordado la existencia de una gran cantidad de almas humildes, sencillas, puras, rectas, fuertes, que siguen la invitación de San Pedro de ser "fuertes en la Fe", y ha añadido:

Y veremos que esta fuerza de la Fe, que esta seguridad, triunfa sobre todos los obstáculos, triunfa de todos los obstáculos.

El Papa ha invitado por fin a los fieles a un acto de fe humilde y sincero, y a un esfuerzo psicológico para encontrar en su íntimo sentir un impulso hacia un acto consciente de adhesión:

Señor, creo en Tu palabra, en Tu revelación, creo en los que me has dado como testimonio y garantía de esta Tu revelación para sentir y gustar, con la fuerza de la Fe, el anticipo de la bienaventuranza de la vida que con la Fe nos es prometida.

PEDRO, FUNDAMENTO DE UNIDAD

Mañana es S. Pedro. Es la fiesta del primero de los Apóstoles, celebrada en Roma ya desde el siglo tercero junto con la fiesta de S. Pablo, o sea: "La de San Pedro en el Vaticano; la de San Pablo en la vía Ostiense; y la de entrambos en las catacumbas", donde ahora se encuentra la basílica de San Sebastián.

Gran fiesta, en Roma especialmente, como se sabe; la Urbe parece desvelarse en su venerable memoria, tanto más cara y estimulante ahora que las recientes excavaciones y los estudios novísimos nos han proporcionado la emoción y el gozo de ver confirmada la autenticidad de la tumba y también de las reliquias del Apóstol Pedro, custodiadas bajo la cúpula de la basílica a él dedicada.

Pero puede suceder esto: que la maravilla y la veneración de la cosa acostumbrada y próxima se atenué, si la reflexión no nos recuerda el sentido y su valor. Es preciso reflexionar. Y la reflexión que nos llevaría a profundas e interminables excursiones en la Sagrada Escritura, en la Teología, en la Historia, en la agiografía y sobre todo, en la Eclesiología, nos es facilitada y simplificada, por lo menos para nuestro breve sermón popular, por los símbolos de los que la figura de Pedro está circundada.

EL NOMBRE

Empezamos por el mismo nombre de Pedro. Conocéis la narración evangélica (cf. Mt. 16, 18). ¿Quién dio este nombre a Simón hijo de Juan?, porque tal era su nombre originario. Fue Jesucristo mismo, que después de la declaración inspirada, hecha a Él por el Apóstol: "*Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo*", proclamó: "*... y Yo te digo, que tu eres Pedro, y sobre esta Piedra, Yo edificaré mi Iglesia*" ¿Qué comporta esta metamorfosis, obrada por Cristo mismo, de Simón transformado en Pedro, y puesto como piedra angular en la construcción proyectada por Cristo; puesto que sólo al Señor mismo concierne? (cf. Mt 21, 42; Act. 4, 11; Rom 9, 33; I Pt 2, 6). ¿Qué conceptos reclama, qué deberes impone, qué prerrogativas confiere, qué designios divinos revela, qué ecle-

siología establece, qué prodigio histórico permanente anuncia... la elección de un tal nombre inventado e impuesto por el Señor a su discípulo, el que, humanamente hablando, no parecía estar predispuesto? Probad a pensarlo.

LAS LLAVES

Otro símbolo: las llaves. Cristo preanuncia a Pedro la consigna de las llaves. ¿Qué llaves? "*Las llaves del Reino de los cielos*", dice el Señor. ¿Qué quiere decir? Las llaves indican la potestad, indican la facultad de disponer, de abrir y de cerrar por encargo del dueño de la casa. ¿De qué casa?, el Reino de los cielos, o sea la economía de la salvación, el designio misterioso del orden sobrenatural escondido en los siglos e instaurado por Cristo entre Dios y los hombres (cf. Col. 1, 26; Ef. 1, 7, ss.). El don de las llaves es pues la investidura del poder de la casa. Pedro, y con él el colegio de los Apóstoles, es nombrado intermediario necesario para el acceso regular al Reino de los cielos... También este símbolo tan sencillo y tan claro, es al mismo tiempo tan denso de significado que invita a pensar.

LA RED

¿Y la red?, la veis sobre la puerta de la basílica, estilizada en forma bastante rara, pero que indica el concepto y por lo tanto es suficiente. ¿El concepto cuál es? Es el que recuerda la humilde pero bella profesión de Simón Pedro. Era pescador. Y Jesús se vale de ella para calificar al discípulo y a otros semejantes a él, para significar bajo la figura de la pesca la misión a la que Pedro y los Apóstoles serán destinados. "*Os haré que lleguéis a ser, dice el Señor después de la sorpresa de la pesca milagrosa, pescadores de hombres*" (Mt. 4, 19). ¡Pescar los hombres!, o sea, acercarlos, conocer sus costumbres, y sus necesidades, saber comprenderlos, saber adaptarse a su movilidad, tener el arte de atraerlos, tener



el corazón capaz de amarles, la sabiduría de conven- cerles; he ahí el ejercicio apostólico, he ahí el ejer- cicio de un ministerio paciente, he ahí la perspectiva de una extensión universal de la predicación evan- gélica, he ahí la tácita promesa de Cristo, en la tem- eraria empresa de convertir al mundo, no por ha- bilidad humana, y a pesar de la obstinada resistencia de los hombres, sino por divina virtud obtener un éxito feliz.

LA BARCA

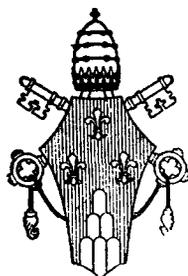
Pedro pescador nos hace pensar en otro signo que lo caracteriza: su barca; aquella barca sobre la que estaba Jesús como sobre una cátedra, y desde allí sentado amaestraba a la turba *"agrupada a la orilla del lago de Genezaret"* (Luc. 5, 3); aquella barca donde Jesús ordenó lanzar las redes, y se llenaron de peces hasta tal punto que otra barca fue llamada en su socorro, y no sin temor que las dos naufragaran, así que Pedro, hombre del oficio, notó de pronto el carácter milagroso del hecho, prorrumpe en un estu- pendo acto de humildad, cayendo de rodillas ante Jesús exclamando: *"Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador"* (Luc. 5, 8); aquella barca sobre la que Jesús sentado en la popa, misteriosamente se adormeció; y desencadenándose una imprevista tem- pestad, los discípulos aterrados le despertaron y Je- sús alzándose intimó al viento furioso a calmarse y al mar que bramaba a callar; y de repente se hizo una gran calma (Mr. 4, 35-41); aquella barca que pa- rece simbolizar el aspecto móvil y relativo de la Igle- sia, que navega sobre las olas del tiempo y de la historia, y que aun figura como escudo de Pedro en el sello que garantiza siempre la autenticidad de los documentos más graves de la Iglesia, signados con el *"anillo del Pescador"*.

EL GALLO

Y todavía otro signo nos narra la historia de Pe- dro, el gallo. Aquel gallo implacable que cantó en la noche de la negación, la noche del proceso de Jesús, como Jesús había predicho: *"Antes que el gallo cante por segunda vez, tú me negarás"* (Mr. 14, 72). Pedro hombre nos aparece en su dramática com- plejidad psicológica, en su fragilidad humana; era bueno, sincero, era exuberante de sentimientos y de palabras; se fiaba también llevado de su entusiasmo, se fiaba de sí. El demonio se prevale de él (1 Ptr. 5, 8). Y de pronto el pavor le invade, y negó y mintió a la fidelidad y al amor: *"No lo conozco"* (cf. Mr. 14, 71). Por fortuna ¡oh!, ¡qué bondad la de Cristo por su débil y preelegido testigo! *"se volvió y miró a Pedro"* (Lc. 22, 61); y eso bastó para sumergir en el remordimiento y en el llanto al pobre Apóstol, que huyó pero no desesperó. Jesús le había también pre- dicho que él sería recobrado y repuesto en la mi- sión de *"confirmar a sus hermanos"* (Lc. 22, 32).

Podemos concluir esta serie de símbolos recor- dando el último, el de Pastor, otro título propio de Jesús, que el Señor resucitado, después de haber hecho salir del corazón de Pedro por tres veces la profesión del amor, tres veces le confía la misión de ser por excelencia el Pastor de la grey de Cristo; el Pastor, en lugar de Él, de su Iglesia (Io. 21, 15 ss.). Meditad: Pedro, Pastor viviente en sus sucesores, "perpetuo y principio visible de la unidad" (1 G. n. 23), en la fe, en la esperanza y en la caridad!

El que ahora os habla exulta y tiembla evocando esta imagen evangélica, relativa a Pedro, en la que hoy la Iglesia honra a Cristo; y vosotros podéis com- prender por qué. Tened ahora, hermanos e hijos que- ridísimos, una plegaria por Nos, que indigno, pero verdadero sucesor de Pedro, de todo corazón os ben- dice.



LA EUCARISTIA Y LA PARUSIA

La Iglesia recordando las palabras de S. Pablo “todas las veces que comáis este pan y bebáis este cáliz, celebráis la Muerte del Señor hasta que venga” (I, Cor. 11, 26), confiesa todos los días la viva fe en la íntima relación de la celebración del Sacrificio Eucarístico y la Parusia del Señor: “Cada vez que comemos este Pan y bebemos este Cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, en la espera de tu venida”.

La Iglesia celebrando el Sacrificio de la S. Misa y participando en la Fracción del Pan Eucarístico y en la bebida del Cáliz de la Sangre de la nueva y eterna Alianza espera la final y definitiva Parusia de Cristo: “Anunciamos tu muerte, Señor, proclamamos tu resurrección, *esperamos tu venida*”. Así la Eucaristía contiene misteriosa y sacramentalmente la Pascua de Cristo, o sea su Paso por este mundo hacia el Padre por la Muerte, la Resurrección y el Retorno final del Señor glorioso.

Para el Señor el momento de la institución de la Santísima Eucaristía era un momento culminante de su vida y misión salvífica: “He deseado tanto comer esta Pascua con vosotros, antes de sufrir” porque era el momento de su Paso, o sea su Retorno al Padre celestial: “Porque os digo que no comeré más de ella hasta que se cumpla en el Reino de Dios” (Luc. 22, 15-16).

Por el contrario para la Iglesia la celebración del Sacrificio Eucarístico es el momento decisivo y culminante de la Espera de la venida del Señor, de su Retorno-Parusia: “Éste es mi Cuerpo ofrecido por vosotros. Éste es el Cáliz de mi Sangre... Haced esto en memoria mía... Pues, cada vez que comáis este Pan y bebáis el Cáliz, *celebráis la Muerte del Señor hasta que Él venga*” (Luc. 22, 19-20; I Cor. 11, 24-26).

Durante todas las celebraciones de la Santísima Eucaristía la Iglesia recitando la oración “Padre nuestro” permanece en “*la espera de que se cumpla la feliz esperanza y venga nuestro Salvador Jesucristo*”.

Así la Iglesia como la amada Esposa del Señor, velando en oración y participando del vínculo pascual-eucarístico, espera el Retorno de su amado Esposo, que le ha prometido volver pronto.

El mismo Espíritu Santo que obró el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y formó su Cuerpo humano en el seno de la Bienaventurada Virgen María, y lo resucitó y glorificó “del corazón de la tie-

rra” opera también la presencia sacramental de la *Carne vivificada de Cristo* bajo las especies eucarísticas, la cual viene a ser “vivificante” por el hombre en la celebración misma del Sacrificio Eucarístico y sobre todo mediante la comunión sacramental del Cuerpo y Sangre de Cristo formando así de muchos hombres bautizados “*un solo Cuerpo (místico) de Cristo y un solo Espíritu de Cristo*” “porque todos los que participamos del mismo Pan aunque sean muchos, formamos un solo Cuerpo, porque participamos del mismo Pan” (I Cor. 10, 17; cf. la epísclesis preconsacratória y postconsacratória en las nuevas Preces eucarísticas).

El mismo Espíritu Santo mediante la potencia del Cuerpo eucarístico de Cristo vivificará y glorificará el cuerpo mortal del hombre en el último día según la promesa del Señor: “Quien come de este Pan vivirá eternamente... Es el Espíritu que lo vivifica..., las palabras que os he dicho espíritu y vida son” (Jn. 6, 58-63).

Así la comunión sacramental del Pan eucarístico y el Cáliz de salvación es el fundamento de la resurrección y glorificación del hombre, o sea del encuentro personal del hombre resucitado y glorificado con Cristo glorioso: “Yo soy el Pan vivo bajado del cielo... quien come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna y *Yo lo resucitaré en el último día*, porque mi Carne es verdadera comida y mi Sangre verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi Sangre permanece en mí y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive y yo vivo por el Padre, así quien me come también vivirá por mí” (Jn. 6, 51-57).

¿Así la comunión eucarística del hombre con el Cuerpo eucarístico de Cristo y su Sangre de salvación es el fundamento de la resurrección y la glorificación del hombre?

Exacto porque en la Santísima Eucaristía está presente y operante, verdaderamente, realmente, sustancialmente y corporalmente “el mismo Cristo, nuestra Pascua es el Pan vivo que mediante su carne vivificadora por el Espíritu Santo y vivificante da la vida a los hombres...” (Decr. Press. Ordinis n.º 5), y la da “con sobreabundancia” (cf. Jn. 10, 10).

Y porque en la Santísima Eucaristía está presente

el *Cuerpo glorioso* de Cristo, así el hombre participando-comiendo corporalmente, puede decirse "físicamente", el Cuerpo glorificado de Cristo participa ya en la tierra de la vida divina y gloriosa de Cristo y, mediante ésta, en la vida celeste-espiritual de la Santísima Trinidad, o sea en la íntima vida de amor y de gozo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. "Oh, sagrado convite con que Jesucristo nos nutre; memoria viva de la Pasión; da a nuestra alma vida divina y es *Prenda de la gloria futura*".

Como el maná en el Antiguo Testamento era alimento nutritivo y al mismo tiempo garantía de la llegada de los hijos de Israel a la Tierra Prometida, así la Eucaristía para el cristiano es el alimento celestial y la inefable garantía espiritual de su llegada "a la nueva Tierra y a los nuevos Cielos"; es la más digna preparación del hombre salvado para el Retorno del Señor glorioso.

Así participando sacramentalmente del Cuerpo y Sangre celestial de Cristo esperamos el Retorno del Señor glorioso en *propia persona* y la bienaventurada vida eterna con la Santísima Trinidad. "El Verbo con una palabra hace Carne del pan, hace Sangre de Cristo del vino... Oh, lengua, proclama el misterio del *Cuerpo glorioso* y al mismo tiempo de la *Sangre divina* que el Rey de las gentes dado por un noble seno efunde sobre el mundo" (del himno *Pagne lingue gloriosi...*).

San Gregorio Nacianceno meditando sobre la grandeza del hombre encarnado en el Cuerpo Místico de Cristo y nutrido con el Cuerpo eucarístico del Señor, exclamó: "Qué misterio se obra en mí. Soy pequeño y soy grande, humilde y sublime, mortal e

inmortal, terreno y celestial. Debo ser sepultado con Cristo, resucitado con Cristo, hecho hijo de Dios, *llegar a ser Dios*" (Oratio VII, 23; PG 35, 786).

Al fin de los siglos Jesucristo viene con el mismo Cuerpo que nosotros comemos en la Eucaristía, o sea con su cuerpo glorioso, pero *en propia persona*; mientras que en la Santísima Eucaristía el Cristo glorioso está verdaderamente, realmente, sustancialmente y corporalmente, pero todavía *sacramentalmente*, o sea bajo las especies eucarísticas del pan y el vino.

La participación del hombre al Cuerpo eucarístico de Cristo hace que el cuerpo humano llegue a ser incorruptible, inmortal, espiritual y celestial, preparándole así al feliz encuentro personal con Cristo glorioso, pero la celebración del Sacrificio Eucarístico en algún modo "apresura" la Parusia final del Señor glorioso.

Ya desde los inicios de la Iglesia el Espíritu Santo y la Esposa de Cristo (la Iglesia) clamaban durante la celebración del Sacrificio Eucarístico:

Ven, ven, Señor Jesús. Y Él contestaba: "Sí, vengo pronto trayendo la recompensa, para darla a cada uno según sus obras. Yo soy el Alpha y el Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin" (Cf. Ap. 22, 12-20).

Como la Iglesia apostólica, agrupada en el Cenáculo esperaba la bajada del Espíritu Santo, así la Iglesia universal agrupada en torno a sus altares en la celebración del Sacrificio Eucarístico espera el retorno del Señor glorioso: "Anunciamos tu Muerte, Señor, proclamamos tu resurrección, en la espera de tu venida", "Ven, ven, Señor Jesús".

BOGUMIL LEWANDOWSKI

("L'Osservatore Romano", Fiesta del Sagrado Corazón, 1972)



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

A G O S T O

GENERAL: Que los fieles vivan más conscientemente su participación del sacerdocio de Cristo.

MISIONAL: Que los fieles de las Iglesias jóvenes, participes del sacerdocio de Cristo asuman su propio papel en la vida de la Iglesia.

LO SOBRENATURAL Y LA SECULARIZACION DEL NATURALISMO *

Así como la religión cristiana ha enseñado siempre, y sigue enseñando, conforme a la Revelación de Dios, de la que es fiel custodio e intérprete infalible, las divinas realidades de nuestra vida sobrenatural; y nos muestra las fuentes de ella y los medios para poseerla, aumentarla, recobrarla y vivirla; y así como en la Iglesia de Cristo se vive esta vida sobrenatural, como Cristo la enseñó, como la vivió Él, y por los méritos de Él; vida divina de la Gracia en la tierra, iniciación y preparación de la vida eterna de la Gloria en el Cielo; así, por el contrario, el mundo o siglo, entendidos ambos vocablos sinónimos en el sentido del conjunto de los hombres que obran la maldad y buscan la vanidad; rechazando todo lo sobrenatural, enseña siempre, y más en nuestros tiempos, ya sistemáticamente, ya por lo menos en la práctica, una vida meramente natural, el *naturalismo*.

Y como los cristianos, aunque no deben ser del mundo, viven sin embargo en el mundo, tienen siempre el peligro de dejarse contaminar por las ideas y principios, por las costumbres y modas de este naturalismo. Y muchas veces caen en ese peligro; pues poco a poco van abandonando las prácticas de la

vida sobrenatural; y así, desarmados del todo, oscurecida en sus mentes la luz divina de la fe, debilitada su voluntad por ceder a las pasiones y concupiscencias que reinan en el mundo, y metiéndose cada vez más en el torbellino de las vanidades y maldades mundanas, vienen a parar en una vida como la que enseña y practica el mundo; vida tan sólo natural; vida, a lo más, de razón, pero de sola razón humana; sin fe, sin esperanza, sin caridad cristiana; y muchas veces ni aun eso; sino vida de sentidos externos, de imaginación y de pasiones desordenadas y desbordadas; vida exterior, derramada a las cosas exteriores; las que el mundo ama y abraza; cosas inconsistentes y efímeras.

Tal es la secularización del naturalismo; el peligro de secularizarse el cristiano, por la vía del naturalismo mundano.

Por ser tan grave, tan funesto y tan frecuente este peligro; y por ser tantos los cristianos que en nuestra época, que es del más frío y extendido naturalismo, incurrir en él; será bueno que declaremos lo que es y significa "el naturalismo"; y veamos después cómo la Iglesia de Cristo le ha contrapuesto decidida y constantemente la doctrina de la vida sobrenatural.

I. EL NATURALISMO

Comencemos notando que el sistema de ideas y la manera o forma de vida que se expresa con el nombre de *naturalismo*, es de lo más funestamente engañoso, porque es de lo más brillantemente seductor.

A primera vista, el naturalismo no presenta nada malo; todo lo que propone lo hace ver como razonable, legítimo, digno del hombre racional; todo son luces bellas de inteligencia humana; todo se aduce como enteramente conforme con las más íntimas aspiraciones del alma humana.

Empero, el mal no está tanto en lo que dice como en lo que no dice; en lo que muchas veces a sabiendas calla; el mal está en que todo es meramente natural, y no también sobrenatural, como debe ser,

como Dios en su inefable bondad lo ha querido y dispuesto para el hombre. El mal, pues, del naturalismo está en que desconoce o afecta desconocer, y aun muchas veces niega pertinaz y orgullosamente la verdad revelada por Dios de aquel su amorosísimo designio sobre los hombres, al habernos elevado al Orden sobrenatural. Aquí está el error; aquí el peligro; aquí también la ingratitud soberbia para con Dios.

Y todo esto es más de tenerse en cuenta por cuanto el naturalismo filosófico ha pasado al de la literatura y del arte, con inmenso daño de las mentes y perversión de los corazones y de la vida.

Por eso mismo, la secularización a que conduce el naturalismo es la más insidiosa y engañosa; pues es la que por sendas al parecer no malas, lleva a los hombres, y aun a los cristianos, a ser propiamente "del mundo"; a vivir bajo el influjo maléfico del

* Véase la primera parte de este interesante artículo en el núm. 488 de *CRISTIANDAD* de octubre de 1971.

“Príncipe de este mundo”, Satanás; y a pertenecer así a la Ciudad del mundo, contraria a la Ciudad de Dios.

Mucho se ha escrito y se sigue escribiendo sobre este actualísimo tema del naturalismo, en libros y revistas; y hay sobre él extensos artículos en los más afamados diccionarios enciclopédicos, o de Apologética; como el artículo, muy bien hecho y con excelente criterio, que lleva ese título en el Diccionario Enciclopédico de Espasa (vol. 37, págs. 1.214-1.219).

Podríamos resumir lo que acerca de dicho tema tenemos en tratados y Enciclopedias; pero preferimos mucho más, y en razón de la seguridad de la doctrina, no menos que de la brevedad, presentar aquí algunas de las principales enseñanzas que acerca del naturalismo nos han dado, con luminosa expresión de la verdad, algunos insignes Papas de nuestra época en sus inmortales Encíclicas y en otros egregios documentos de su Magisterio.

Estas enseñanzas se refieren a las siguientes dos cosas: 1.^a) Esencia, errores y peligros del naturalismo, y 2.^a) El naturalismo en la educación de la niñez y juventud.

1.º) ESENCIA, ERRORES Y PELIGROS DEL NATURALISMO

Oigamos a León XIII, en su Encíclica “*Humanum genus*”: “Es principio capital de los que siguen el naturalismo, como lo declara su mismo nombre, que la naturaleza y razón humana ha de ser en todo maestra y soberana absoluta. Y sentado esto, descuidan los deberes para con Dios, o tienen de ellos conceptos vagos y erróneos. Niegan, en efecto, toda divina revelación; no admiten dogma religioso ni verdad ninguna que no pueda comprender la razón humana; ni maestro a quien precisamente deba creerse por su autoridad, aun recibida de Dios. Y como, en verdad, es oficio propio de la Iglesia Católica, y que a ella sola pertenece, el guardar enteramente y defender en su incorrupta pureza el depósito de las doctrinas reveladas por Dios, así como también la autoridad del Magisterio Eclesiástico y los demás medios sobrenaturales para la salvación; de aquí el haberse vuelto contra ella toda la saña y el ahínco de estos enemigos” (n. 11).

Y en su Encíclica “*Immortale Dei*”: “Entiendan todos que la integridad de la verdad católica no puede en ninguna manera subsistir con las opiniones que se allegan al naturalismo, cuyo fin último es arrasar hasta los cimientos de la religión cristiana, y

establecer en la Sociedad la autoridad del hombre, postergada la de Dios” (n. 59).

Asimismo, en su Encíclica “*Libertas*”, dice: “Lo principal de todo el naturalismo es la soberanía de la razón humana, que negando a la divina y eterna la obediencia debida; y declarándose a sí misma *sui iuris*, se hace a sí misma sumo principio, y fuente, y juez de la verdad... Pretendiendo que en el ejercicio de la vida, no hay potestad divina ninguna a que se deba obedecer, sino que cada uno es ley para sí, nace de ahí la moral que llaman independiente; la cual, apartando a la voluntad, bajo pretexto de libertad, de la observancia de los preceptos divinos, suele conceder al hombre una licencia sin límites”.

Y poco después: “Esta doctrina del naturalismo es, además, perniciosísima, no menos a las naciones que a los individuos. Y, en efecto, dejando el juicio de lo verdadero y de lo bueno a la razón humana, sola y única, desaparece la distinción propia del bien y del mal; así también lo torpe y lo honesto no se diferenciarán en la realidad, sino según la opinión y juicio de cada uno; será asimismo lícito cuanto agrade o guste; y establecida una moral, sin fuerza casi para contener y calmar los perturbados movimientos del alma, quedará, por lo mismo, abierta la puerta a toda corrupción”.

“En cuanto a la cosa pública, la facultad de mandar se separa del verdadero principio, de donde toma su virtud para obrar el bien común; y también la ley que establece lo que se ha de hacer u omitir, se deja al arbitrio de la multitud más numerosa; lo cual es una pendiente que lleva a la tiranía. Rechazado el señorío de Dios en el hombre y en la Sociedad, es consiguiente que no haya públicamente religión alguna; y se seguirá la mayor licencia en todo lo que se refiere a la Religión. Y asimismo, armada la multitud con la creencia de su propia soberanía, se precipitará fácilmente a promover turbulencias y sediciones; y quitados los frenos del deber y de la conciencia, sólo quedará la fuerza, que nunca es bastante a contener por sí sola los apetitos de las muchedumbres” (nn. 17-19).

Finalmente, en su Encíclica “*Sapientiae christinae*”, dice gravemente el mismo León XIII: “Cuán encarnizada y múltiple es la guerra que el naturalismo ha declarado contra la Iglesia Católica, apenas hay aquí lugar de mencionarlo. Porque como quiera que le ha cabido en suerte a la razón, ayudada de las investigaciones científicas, descubrir muchos secretos, velados antes por la naturaleza, y aplicarlos convenientemente a los usos de la vida, se han envanecido los hombres de tal modo, que creen poder

ya lanzar de la vida social de los pueblos a Dios y a su gobierno.

“Llevados de semejante error, transfieren a la naturaleza humana el principado arrancado a Dios; pro-palan que sólo en la naturaleza ha de buscarse el origen y norma de toda verdad; que de ella pro-vienen y a ella han de referirse cuantos deberes la Religión impone. Por lo tanto, que ni ha sido revelada por Dios verdad ninguna, ni para nada ha de tenerse en cuenta la Institución cristiana en las costumbres, ni se debe obedecer a la Iglesia” (nn. 15 y 16).

Por todo esto, ya antes, el Papa Pío IX había condenado repetidas veces las falsedades del naturalismo. Dice así en su Encíclica “Quanta cura”: “Si bien no hemos dejado de reprobado y proscribe muchas veces estos gravísimos errores; sin embargo, la causa de la Iglesia Católica y la salud de las almas a Nos divinamente encomendada, y hasta el bien de la misma Sociedad humana, nos piden imperiosamente que de nuevo excitemos vuestra solicitud pastoral para combatir otras depravadas opiniones, que brotan, como de sus fuentes, de los mismos errores” (El Magist. de la Iglesia, n. 1688).

2.º) EL NATURALISMO EN LA EDUCACIÓN DE LA NIÑEZ Y JUVENTUD

Como el hombre suele ser, por lo regular, en toda su vida, según lo que ha sido su educación de niño y joven; por eso, el Papa Pío XI, en su sapientísima Encíclica “Divini illius Magistri”, que ha sido llamada con toda propiedad “la Carta Magna de la educación cristiana”, tuvo gran cuidado en declarar que la educación de la niñez y de la juventud ha de ser íntegramente cristiana; y, por lo mismo, con enseñanzas claras y completas de la vida sobrenatural, y con la práctica ordenada de los medios que la cultivan y fomentan.

Denuncia, ante todo, la falsedad y dañosas consecuencias del naturalismo pedagógico: “Es falso todo naturalismo pedagógico, que de cualquier modo excluya o aminore la formación sobrenatural cristiana en la instrucción de la juventud; y es erróneo todo método de educación que se funde, en todo o en parte, sobre la negación u olvido del pecado original y de la Gracia; y, por lo tanto, sobre las fuerzas solas de la naturaleza humana. Tales son, generalmente, esos sistemas actuales de nombre diverso, que ape-lan a una pretendida autonomía y libertad ilimitada del niño y joven, y que disminuyen y aun suprimen la autoridad y la obra del educador, atribuyendo al

adolescente una preeminencia exclusiva de iniciati-vas, y una actividad independiente de toda ley supe-rior, natural y divina, en la obra de su educación.

“Mas si con algunos de esos términos se quisiese indicar, bien que impropia-mente, la necesidad de la cooperación activa, a cada paso más consciente, del alumno a su educación; si se pretendiese apartar de ésta el despotismo y la violencia (diversa, por cier-to, de la justa corrección); esta idea sería verdadera; pero no habría en ella nada nuevo, que no hubiese la Iglesia enseñado, y la educación cristiana tradicio-nal ejercitado en la práctica; a semejanza del modo que el mismo Dios guarda respecto de las creaturas, a las que Él llama a la cooperación activa, según la naturaleza propia de cada una; ya que su Sabiduría ‘abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad’” (Sap. 8, 1).

”Pero desgraciadamente, con el significado obvio de los términos y con los hechos mismos, intentan ahora no pocos sustraer la educación, de toda depen-dencia de la ley divina. Así que, en nuestros días, se da el caso, a la verdad bien extraño, de educa-dores y filósofos que se afanan por descubrir un códi-go moral universal de educación, como si no exis-tiese ni el Decálogo, ni la Ley evangélica, ni siquiera la ley natural, esculpida por Dios en el corazón del hombre, promulgada por la recta razón, y codificada, con revelación positiva, por el mismo Dios en el De-cálogo. Asimismo, tales innovadores suelen denomi-nar, como por desprecio, a la educación cristiana como ‘heterónoma’, ‘pasiva’, ‘anticuada’; porque se funda en la autoridad divina y en su santa Ley.

”Miserablemente se engañan los tales en su pre-tensión de libertar, como ellos dicen, al niño; mien-tras lo hacen más bien, esclavo de su ciego orgullo y de sus desordenadas pasiones; porque éstas, por consecuencia lógica de aquellos falsos sistemas, vien-en a quedar justificadas como legítimas exigencias de la naturaleza, que a sí misma se llama autónoma.

”Pero mucho peor es la pretensión falsa, irreve-rente y peligrosa, además de vana, de querer someter a investigaciones, experimentos y juicios de orden natural y profano, los hechos de orden sobrenatural, tocantes a la educación; como, por ejemplo, la voca-ción sacerdotal y religiosa; y en general, las arcanas operaciones de la Gracia, que, aun elevando las fuer-zas naturales, con todo las sobrepuja infinitamente” (nn. 36-40).

De suma actualidad es toda esta doctrina mara-villosa del gran Papa Pío XI. Con ellas y con las que antes hemos aducido, podemos pasar muy bien al segundo punto que nos habíamos propuesto.

II. CONTRA EL NATURALISMO, LA DOCTRINA PERENNE DE LA IGLESIA ACERCA DE LO SOBRENATURAL

Es cosa grandemente notable y digna de toda ponderación, el constante empeño con que la Iglesia de Cristo ha contrapuesto al naturalismo de todos los tiempos, la doctrina de nuestra vida sobrenatural, como la recibió de su Divino Maestro y Fundador, Jesucristo.

Con la luz de esta doctrina ha procurado la Iglesia desterrar las tinieblas del error, y ahogar el mal con la abundancia del bien.

En nuestra época, de tan extendido naturalismo, es de gran provecho recordar y poner de relieve este como continuado Capítulo de la Historia de la Iglesia. Presentemos de él un modesto y breve panorama.

1.º *Los Apóstoles.*—Habiendo sido ellos los sarmientos escogidos y los más fecundos de la divina Cepa; y habiendo sido ellos, con toda plenitud, llenos del Espíritu Santo, Dador de vida divina; no cesaron de proclamar las grandezas de la vida sobrenatural, que nos había merecido y ofrecido el Divino Salvador de todos los hombres. Admira ver cómo de consuno nos han enseñado la verdad y la práctica de esta vida en sus inspiradas Cartas.

Comienza San Pedro su 2.ª Carta diciéndonos: “Como quiera que el divino poder de Dios nos ha dado graciosamente todas las cosas conducentes a la vida y a la piedad (al trato filial con Dios), mediante el conocimiento de Aquél que nos llamó por su propia virtud; y por las cuales nos ha dado gratuitamente los preciosos y sumos dones prometidos, para que por éstos, os hagáis participantes de la divina naturaleza, una vez arrancados a la corrupción que reina en el mundo” (c. 1, 3, 4). Y así en todo lo demás de sus dos Cartas.

San Juan, en las tres suyas, no nos habla de otra cosa que de la vida; de aquella vida que él había visto y como palpado en Jesús; la había recibido de Él; y se afanaba por fomentarla y acrecentarla en “sus hijitos”. De un modo especial se fija el Discípulo amado de Jesús en la filiación divina, que tenemos por la Gracia: “Mirad qué tal amor nos ha dado el Padre: que seamos llamados hijos de Dios, y lo seamos” (1 In., 3, 1). A continuación, describe con divina unción cuál ha de ser la vida de los hijos de Dios; y, por encima de todo, ya que “Dios es caridad” (1 In., 4, 16), y Dios en nuestro Padre, sus hijos debemos asemejarnos a Él, y por lo mismo, vivir en

el amor de caridad, ejercitándola de continuo para con nuestro Padre y para con todos nuestros hermanos.

Y ¿qué decir de las Cartas de San Pablo, el que atestigua de sí mismo: “Para mí, el vivir es Cristo” (Phil., 1, 21); “Pero vivo, no ya yo; sino Cristo vive en mí. Y eso que ahora vivo en carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gal., 2, 20)? Toda su doctrina dogmática y moral, lo mismo que la parte parenética o exhortatoria de sus Cartas, la centra el gran Apóstol en la vida sobrenatural; vida de Cristo, participada de Él en nosotros; vida en Cristo.

Y es mucho de advertir, en nuestra época, de tanto naturalismo, que aún más hostil a todo lo sobrenatural era el mundo pagano, con el que se encontraron los Apóstoles de Cristo. La Escuela filosófica que más abiertamente se opuso a la predicación de los Apóstoles y a la vida cristiana; y la que aun después, en los primeros siglos de nuestra Era, había de presentar la barrera más fuerte contra la Religión de Cristo, fue el “Estoicismo”, la Escuela filosófica de más cerrado naturalismo, con la cual se han ido entroncando todos los naturalismos de las edades posteriores. Y, sin embargo, no se arredraron los Apóstoles ante las enormes dificultades que les oponía el erróneo sentido de la vida, común a todos los filósofos paganos, y más a los estoicos, y al ambiente de todo el mundo gentil. Y resueltamente, con el valor que les daba la gracia del Espíritu Santo, anunciaron y transmitieron el mensaje de la salvación de todos los hombres, que habían recibido de Cristo; y este mensaje, con el nombre de “salvación”, es el del último fin sobrenatural del hombre.

2.º *Los Santos Padres.*—Todos ellos, tanto los de Oriente como los de Occidente, nos han dejado, como riquísimo tesoro, en sus homilias, tratados y cartas, lo que habían recibido de los Apóstoles; y todos, a una, enseñaron a los fieles de todos los tiempos, la vida auténticamente cristiana, la sobrenatural, la de hijos de Dios, configurados con Cristo.

Entre ellos, sobresale el que por excelencia ha sido llamado “Doctor de la Gracia”, San Agustín; y no sólo en sus tratados especiales sobre ella, como el “De natura et gratia”, sino en todos sus escritos. Tuvo muy presente el naturalismo pagano de su época, que pugnaba por infiltrarse en las mentes y en

la vida de los cristianos; y lo rebatió con denodado y constante esfuerzo.

Más tarde, San León Magno fue el esclarecido Maestro y Predicador de la vida sobrenatural. Oigamos, entre mil ejemplos, lo que en la Misa de una Fiesta de la Natividad del Señor, dijo a los fieles de Roma: “Demos gracias a Dios Padre, por medio de su Hijo, en el Espíritu Santo; pues por la inmensa misericordia con que nos amó, se compadeció de nosotros; y cuando estábamos muertos por el pecado, nos dio una nueva vida con Cristo (Eph., 2, 5), para que fuésemos, en Él, una nueva creatura, una nueva obra de sus manos. Depongamos, pues, lo que es propio del hombre viejo, con sus acciones (Col., 3, 9); y ya que hemos sido admitidos a participar de la vida de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, oh cristiano, tu dignidad; y habiendo sido hecho partícipe de la naturaleza divina (2 Petr., 1, 4), no vuelvas a la antigua vileza, con un proceder, que sería una degeneración”. Se refiere, sin duda, el gran Papa, no tan sólo a la vileza de la vida de pecado, sino también al rebajamiento de una vida a ras de tierra, del naturalismo pagano; pues prosigue: “Recuerda de qué Cabeza y de qué Cuerpo eres miembro. Ten presente que, sacado del poder de las tinieblas (Col., 1, 13), has sido trasladado a la luz y Reino de Dios” (Hom. 1 in Nat. Dom.; vol. 291 de la BAC, pág. 71, 72).

3.^a *Dos Maestros de la vida espiritual.* — ¡Qué hermosa constelación de espléndidos luminares la que forman los grandes Maestros cristianos de la vida sobrenatural, dados providencialmente por Cristo a su Iglesia, después de los Apóstoles y de los Santos Padres!

Brillan como astros de primera magnitud, entre ellos, en la Edad Media, San Bernardo, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, el Venerable Tomás de Kempis.

Y en los albores de los tiempos modernos, las dos excelsas glorias del Carmelo reformado: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz; cuyos inmortales escritos, al iluminar las mentes con celestial fulgor, mueven y encienden los corazones para subir, por las sendas que ellos trazaron, hasta las más altas cimas de la perfección sobrenatural.

Con ellos, y para ceñirnos a los autores de nuestra Patria, el franciscano Fr. Juan de los Ángeles, el dominico Fr. Luis de Granada, el agustino Fr. Luis de León, los jesuitas PP. Luis de la Puente, Luis de la Palma, Juan Eusebio Nieremberg. Escribió este

último un tan precioso tratado, el que intituló “Aprecio y estima de la divina Gracia”, que al conocerlo, en nuestra época, el insigne teólogo católico alemán, Scheeben, lo tradujo a su lengua, enriqueciéndolo, aún más, con los grandes tesoros de su sabiduría cristiana.

En tiempos cercanos a los nuestros, ha seguido la pléyade de estos Maestros del espíritu sobrenatural. Así, entre otros muchos, el P. Arintero, O. P., en sus magníficas obras; el P. Enrique Ramière, S. I., en su libro “La divinización del cristiano por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús”; Monseñor Turinaz, “La vida divina en el hombre”; el P. J. Terrrien, S. I., “La Gracia y la Gloria” (dos tomos). Además, toda una Revista con el expreso título “Vida sobrenatural”; y, ¿por qué no decirlo?; también, modestamente, nuestra Revista *CRISTIANDAD*, dedicada, toda ella, a promover el Reino sobrenatural de Cristo, por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Maestros también de la vida espiritual de la Gracia, y singularmente autorizados, por ser Vicarios de Cristo y estar regidos de una manera especial por el Espíritu Santo, son los Sumos Pontífices, y más los de nuestros tiempos, ya que para vencer y disipar la cerrazón de las oscuridades del naturalismo, han levantado su augusta voz, enseñando magníficamente la doctrina y la práctica de la vida cristiana, eminentemente sobrenatural. Baste citar, como ejemplos, las Encíclicas de León XIII, “*Divinum illud*”, sobre la presencia y acción del Espíritu Santo; “*Mirae charitatis*”, sobre la Sagrada Eucaristía; “*Sapientiae christianae*”, sobre las obligaciones de los cristianos, y así, innumerables pasajes de Encíclicas, Cartas Apostólicas, Mensajes y Alocuciones de los Papas modernos.

Obra meritísima hacen, en este mismo sentido, los Teólogos católicos, al exponer científicamente las verdades de nuestra vida sobrenatural. De ellos, los hay excelentes en nuestros días, y son de muy segura doctrina, pues se mantienen firmemente adheridos al Magisterio de la Iglesia. Algunos publican Tratados expresamente de “Teología espiritual”, y aun revistas con ese mismo título, como la de los PP. Dominicos de Valencia. Otros dedican varios Tratados acerca de estas grandes realidades divinas, en la Teología Dogmática; principalmente el “De Dios enaltecido”; el “De la Gracia de Cristo”; el “De los Sacramentos”; el “De las Virtudes y Dones”; el “De los Novísimos o Teología del más allá”. Así, la ciencia sirve a la fe.

4.º *Los Concilios.*—Toda esta santa Tradición de la Historia de la Iglesia, desde los Apóstoles hasta nuestros días, ha sido solemnemente confirmada y auténticamente enseñada por los Concilios Ecuménicos; y más por los tres últimos.

Se propuso el Concilio de Trento, como su principal problema dogmático, el de la Justificación y los Sacramentos; y con una doctrina incomparable, cuyos resplandores jamás se oscurecerán, nos declaró, ante todo, la impotencia de la naturaleza para justificar a los hombres; y nos enseñó que tan sólo por Cristo somos justificados, o sea recibimos la gracia sobrenatural y divina. Tras esto, cómo debe prepararse el hombre para tener esa vida; de qué manera se hace el paso o tránsito de la vida de pecado a la vida de la Gracia; y todo lo que se refiere a esta vida divina en nosotros; así como también sus Fuentes, que son los Sacramentos, y, sobre todo, el Sacrificio y Sacramento Eucarístico.

Al Concilio Vaticano I se le ha designado con el merecido título de Concilio de lo sobrenatural; y lo fue en verdad providencialmente; ya que a la oscurísima y tormentosa noche del naturalismo, que entonces se iba extendiendo más y más por todas partes, opuso con claridades celestiales la doctrina de la vida sobrenatural.

Y también el Concilio Vaticano II; pues el mismo aliento divino de los dos anteriores penetra y vivifica todas sus Constituciones, Decretos y Declaracio-

nes. Más aún; entre otros muchos grandes méritos, ha tenido el Vaticano II el de habernos propuesto, con insuperable acierto, la "Universal vocación a la santidad en la Iglesia" (L. G. c. V); llamamiento no sólo a vivir siempre en gracia de Dios, sino también al crecimiento y perfección de esa misma vida, que es la santidad cristiana en la Iglesia de Cristo.

Finalmente, en estos tiempos de frío y congelador naturalismo, la Iglesia le ha contrapuesto, como su más directo antídoto y su más eficaz remedio, el Culto y Devoción al Sagrado Corazón de nuestro Redentor.

Es que, en verdad, con el Culto al Corazón de Cristo, adoramos y contemplamos toda su vida interior, movida por la fuerza de su amor, y simbolizada en su Corazón; vida que fue totalmente divina; y con nuestra Devoción al Sagrado Corazón, correspondemos a su amor con un amor semejante al suyo, para vivir una vida semejante a la suya; vida sobrenatural; para la cual, y ya que del Corazón de Cristo fluye y mana la vida de la Gracia: "Qui Corde fundis Gratiam", nos llegamos a esa divina Fuente para participar de la vida de Cristo y llenarnos de ella. Y así, vienen a ser los corazones de los cristianos como el de Cristo; vienen a tener el mismo de Cristo, según dijo San Juan Crisóstomo de San Pablo: "Cor Pauli, Cor Christi".

¿Hay algo más opuesto al naturalismo, y más expresivo de nuestra vida sobrenatural?

ROBERTO CAYUELA, S.J.

SALMO DE DAVID (27)

Oye mi ruego mientras a Ti clamo
y alzo las manos a tu santo templo.
Con quien peca no quieras arrastrarme,
ni con quien las maldades ejecuta.
Los cuales hablan paz con su vecino
pero en su corazón protervia anida.
Págalos cual sus obras se merecen
y según la maldad de sus acciones
¡Según las obras de sus manos dales;
Lo que ellos practicaron les devuelva!
Pues en los hechos de Yahvé no piensan
ni tampoco en las obras de sus manos.
Destruyalos, y ya no los restaure.

«LOS ERRORES A LA LUZ DE LA VERDAD»

“Dice el filósofo: los errores dan testimonio de la verdad, porque, en realidad, no sólo se apartan de ella, sino incluso los unos de los otros” (Contra Gentes, L 4, C 7).

¿No podría el diálogo católico-protestante exigir que el Vaticano II viniese a ser, respecto a Trento, algo así como lo que fue el quinto concilio ecuménico (II de Constantinopla, 533) respecto al de Calcedonia? (“En torno al diálogo católico-protestante”, F. Canals, Herder, Barcelona 1966).

Hoy podemos ya contestar negativamente a esta pregunta, y además afirmar que el Vaticano II ha sido respecto al Vaticano I lo que Trento fue para los concilios de Orange y de Cartago en cuanto al problema de la Gracia y la Justificación, y lo que Calcedonia fue para Éfeso en cuanto al problema de la Encarnación del Verbo de Dios.

No ha habido, en ese paralelismo, un equivalente al quinto concilio, sino que a la problemática de la Encarnación y la justificación se ha añadido la del sentido trascendental de lo humanístico-social. Se ha escrito que, en este asunto, desde Juan XXIII, la Iglesia ha dado un giro de 180 grados a su política. Queda claro, pues, que, por lo menos a algunos, les parece ver, en lo que llaman doctrina actual de la Iglesia, una oposición a lo que llaman doctrina tradicional, siempre mirando al tema capital contemporáneo: lo humanístico-social.

Tenemos, pues, la historia del dogma, zarandeada por pares de opciones dialécticas que hacen la guerra a la Verdad desde todas las posiciones posibles en el campo de la doctrina de la economía de la salvación, es decir, en lo referente a la Cabeza, a los miembros y al cuerpo místico de Cristo.

Al misterio de la Encarnación, se le combatió en tiempos de los concilios de Éfeso y de Calcedonia. A la doctrina de la gracia y la justificación, en tiempos de los de Orange y de Trento, y al problema de la trascendencia religiosa de lo social en tiempos del Vaticano I y del Vaticano II. La luz que dimana de estos concilios, es el fruto que la Iglesia da, al ser espoleada, en su amor a la verdad, por sus enemigos.

Hoy, más que nunca, el problema crucial, la temática dominante, el catalizador de todas las pasiones contemporáneas, es este: ¿Dónde está la salvación y en qué consiste?

La respuesta del Maestro ante la pregunta de los primeros discípulos. ¿Y quién podrá salvarse? Es esta:

“Lo que es imposible a los hombres es posible a Dios” (Lc. 18, 27).

Queda claro que el ámbito del poder divino sobrepasa el del poder humano. Esta verdad puede negarse de dos maneras antitéticas. Una, ampliando el ámbito del poder humano hasta el del poder divino diciendo: “Lo que es posible a Dios, también es posible al Hombre”. Otra, reduciendo el ámbito del poder divino hasta el del poder humano diciendo: “Lo que no es posible al hombre, tampoco es posible a Dios”. Ambas pretenden igualar el ámbito de los dos poderes, es decir, hacer el hombre igual a Dios como dijo la serpiente a la mujer.

En Éfeso se definió en contra de los que querían que el poder humano fuera suficiente para merecer la filiación divina en la persona de Jesucristo que suponían primero puro hombre. En Calcedonia se definió en contra de los que querían que el poder divino no fuera suficiente para lograr lo que los condenados en Éfeso querían atribuir al hombre solo: que Dios se encarnara.

En Orange y Cartago se definió en contra de los que querían que el poder humano fuera suficiente para merecer la justificación o para justificarse. En Trento se definió en contra de los que querían que el poder divino no fuera suficiente para lograr lo que los condenados en Orange y Cartago querían atribuir al hombre solo: que el hombre fuera justo.

Y para hablar a la opinión pública en un lenguaje que le sea inteligible, dado que ha sido mentalizada por medios de comunicación social gobernados casi siempre por personas indiferentes respecto a la ortodoxia, añadiré lo siguiente. La Iglesia, durante el siglo XIX y la parte del XX que va hasta el principio del pontificado de Juan XXIII, durante el llamado período preconiliar, ha hablado más en contra de los que creen que el hombre, por sus propias fuerzas, puede alcanzar su perfección.

“Si alguno dijere que el hombre no puede ser por acción de Dios, levantado a un conocimiento y perfección que supere la natural, sino que puede y debe finalmente llegar por sí mismo, en constante progreso, a la posesión de toda verdad y de todo bien, sea anatema” (Conc. Vat. I, Denzinger, 1808).

La Iglesia, desde el pontificado de Juan XXIII, la llamada Iglesia posconciliar, aunque, a veces, sólo callando, ha hablado más en contra de los que quieren pensar que a Dios le es también imposible conseguir lo que los condenados antes querían alcanzar por sí solos: el bien social total.

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (Conc. Vat. II, Const. Gaudium et Spes).

Pero María es “Ella sola vencedora de todas las

herejías en el universo mundo”. Ella, la esclava del Señor, que todas las generaciones proclamadas bienaventurada, porque hizo en Ella cosas grandes el Todopoderoso.

Porque María es Madre de Dios, se entiende que Jesucristo es Dios y hombre verdadero. Porque es Inmaculada desde su concepción, se entiende que la Gracia justifica realmente y sin tener en cuenta las obras.

Porque se verá una señal grande en los cielos, una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y por doce estrellas coronada, podemos proclamar nuestro gozo, confiar en nuestras esperanzas, consolar a los tristes y tranquilizar a los angustiados.

M. M. DOMÉNECH I.

ESTO NO ES «AGGIORNAMENTO»

Estaría fuera de la realidad quien no conociese que la Iglesia está atravesando un período difícil de su historia.

Los motivos son innumerables: La crisis de autoridad y de fe; la desacralización que invade toda la sociedad civil y penetra incluso en la Iglesia; consecuencia de la dolorosa actitud de algunos sacerdotes y religiosos olvidados de la libre y obligatoria promesa pronunciada el día de su Ordenación o Profesión.

Actitudes que turban profundamente a los fieles, sorprendidos, maravillados, digámoslo más claramente, escandalizados frente a las iniciativas que intentan survertir la estructura de la Iglesia.

Actitudes que hacen sufrir amargamente a quien es responsable en la Iglesia y no siempre se ve escuchado y seguido.

Actitudes irresponsables que querrian crear un dualismo, una antítesis, una división en la Iglesia, proclamándose carismáticos frente a la Divina Institución Jerárquica.

No se sirve a la Iglesia desvinculándose del Magisterio de la Autoridad.

No se ama a la Iglesia difundiendo dudas sobre verdades reveladas burlándose de las más nobles y santas Tradiciones.

No se edifica la Iglesia enseñando una moral permisiva y devastadora sobre todo a las impreparadas conciencias juveniles.

No se afianza la Iglesia obrando de modo personalista y orgulloso como si las enseñanzas del pasado haya de derribarse y todo modificarse.

No se ennoblece la Iglesia adecuándose a las infatuaciones, a las modas, a los sistemas del tiempo creyendo hacerse más agradable e interesante; olvidando por el gusto de noticia momentánea, el sentido sagrado e histórico del Mensaje de Salvación que la Iglesia debe llevar.

No se santifica la Iglesia lanzándose de cabeza al torbellino incontrolado del dinamismo, del tecnicismo, del activismo, olvidando la esencialidad insubstituible de la vida interior, de la oración, de la austeridad, de la santidad, de la unión con Dios: ¡sin Mí nada podéis hacer!

Todo esto no es «aggiornamento» de la Iglesia: es subversión, es aventura que deja tras de sí sólo ruinas y desorden moral.

(Fragmento del llamamiento del Cardenal Vicario Angelo dell'Accua, en la fiesta de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, año 1972.)

BUSCANDO MIS AMORES

La búsqueda de nuevos caminos que lleven a Dios, ocupa hoy, lugar destacado entre quienes se interesan por los temas religiosos. En efecto, se aprecia en algunos ambientes, una notable inquietud, especie de psicosis de búsqueda, por encontrar otras sendas, abrir nuevos cauces, que nos lleven al conocimiento de la verdad, al conocimiento de Dios. La falsa afirmación de que “la verdad no existe”, y que nadie puede afirmar que posee íntegra, la verdad sobrenatural, sino que, todos poseemos parte de la verdad, ha llevado a no pocos católicos a situarse en una actitud de duda, de inseguridad y angustia; trabajan, codo con codo, con otros, que, partiendo de cero, se afanan en la misma empresa. El resultado de tales trabajos, que no se fundamentan en la fe, y prescinden del Magisterio eclesiástico, es, de ordinario, la pérdida de la fe sobrenatural.

Existe en la Iglesia Católica Apostólica y Romana, un patrimonio de verdades sobrenaturales, reveladas por Dios; tales verdades forman el Depósito Sagrado de la Fe; la Santa Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, a través de la Jerarquía establecida por Cristo, para enseñar, gobernar y santificar, al Pueblo de Dios, va proponiendo con autoridad recibida del mismo Dios, las verdades contenidas en la Sagrada Escritura y en la Tradición; así la verdad se conserva en la Iglesia, íntegra, y siempre en su pristina pureza; el hombre de todos los tiempos, puede conocer, con la luz sobrenatural de la fe, la Verdad que no cambia, pues procede de Dios, y participa de la inmutabilidad de Dios.

Un cristiano, y más aun si es católico, sabe que hay un camino seguro para ir a Dios; es el único camino que lleva al Padre, y nos introduce en las intimidades divinas de la vida trinitaria; es Jesucristo, nuestro Señor y Maestro, que dijo de Sí: “Yo soy el Camino y nadie va al Padre sino por Mí” (Jn. 14-6). Quienes hemos recibido gratis el inapreciable don de la fe, sabemos que, en el conocimiento y búsqueda de Dios no comenzamos en cero. El Bautismo, ha sido un encuentro del hombre con Dios, Uno y Trino, que se hace presente en el alma, que con la inhabitación de tan divino Huésped, queda santificada, deificada. A partir de este primer e inefable encuentro, es posible un más hondo conocimiento de ese Dios que tan liberalmente se nos da. Con la infusión de la Gracia,

de las virtudes y dones del Espíritu Santo, comienza para el cristiano, una vida nueva: la vida teologal.

El hombre católico, consciente del bien recibido en el Bautismo, sabe que, en la fe, ha encontrado el camino, y por tanto, se halla en ruta hacia Dios; efectivamente, “la fe es, no sólo una búsqueda; es, ante todo, una certeza” (Pablo VI, al Sínodo de los Obispos el 29 de sepbre de 1967). Nuestra búsqueda de Dios, suma y eterna Verdad, ya conocido por la fe, debe consistir en una profundización, mediante el estudio y la reflexión, pero sobre todo, la oración, en la que, el alma se eleva a Dios, en íntimo y amoroso diálogo, de los artículos o dogmas de nuestra fe, según el sentido, con que los propone el Magisterio de la Iglesia.

En la Sagrada Escritura, encontramos abundantes alusiones al tema; a veces son exhortaciones a buscar a Dios, y su Reino; otras veces, son súplicas al Señor, pidiéndole que nos muestre su Rostro, es decir, su Bondad, su misericordia; otras veces son ansias, en busca del Amado del alma. Tales expresiones son perfectamente válidas y actuales; su contenido doctrinal es indiscutible, y encierran misterios muy subidos de la fe. Leemos en el Salmo:

Oigo en mi corazón: “Buscad mi Rostro”.
Tu Rostro, buscaré, Señor,
no me escondas tu Rostro.

(Salmo 26, 8-9)

En el bello poema de los Cantares, podemos leer, cómo la esposa busca con diligencia al Amado de su alma diciendo:

Por las calles y las plazas
buscaré al Amado de mi alma

(Ct. 3-2)

Es en el Nuevo Testamento, donde se nos exhorta constantemente, a buscar las cosas que no perecen. Oigamos a san Pablo: “Pues resuscitasteis con Cristo, buscad las cosas de arriba” (Col. 3, 1-2), es decir, los bienes del orden sobrenatural; más claramente Jesús nos manda: “Buscad primero el Reino de Dios y su virtud, que todo lo demás se os dará por añadidura” (Mt. 6, 33). La búsqueda de Dios, no es algo

nuevo; no podemos buscar a Dios, si antes Él no se nos hubiera manifestado; la iniciativa viene de Él; una vez conocido, por la fe, podemos y debemos perfeccionar, con un trabajo constante, y siempre con la ayuda del divino favor, ese conocimiento, hasta alcanzar aquella meta, tan deseada de las almas seriamente piadosas, y que consiste en un conocimiento de Dios, por vía de amor, verdadera experiencia de lo divino, y que es infundido por el mismo Señor; es la divina contemplación, el más alto conocimiento que de Dios podemos tener aquí abajo, a la vez que, el más sabroso y delicado; aun cuando es dádiva gratuita de Dios, podemos, mediante la purificación del corazón, el ejercicio de las obras buenas, especialmente de la fraterna caridad sobrenatural, y siguiendo las huellas del Jesucristo Crucificado, de alguna manera, disponernos para recibir, si el Señor es servido otorgárnoslo, tan grande bien.

Buscar a Dios, partiendo de la fe, exige de nosotros “entrar más adentro, en la espesura”, como diría san Juan de la Cruz, porque, en efecto, esa búsqueda viene a ser una más profunda penetración, “en la ciencia y conocimiento de Dios”. San Benito señala al monje, en su Regla, como tarea, la incesante búsqueda de Dios, y del aspirante a la vida monástica, desea que “verdaderamente busque a Dios” (Regla cap. 58). Los trabajos por los que han de pasar los buscadores de Dios, los escribe bellamente san Juan de la Cruz, en aquella canción del Cántico Espiritual que dice:

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.

(Cánt. Esp. canc. 3)

Sería muy largo transcribir el comentario a la canción, hecho por el mismo Santo Doctor; salta a la vista del lector, que, el alma que sinceramente busca a Dios, se ha de ejercitar en la mortificación y en la oración; ha de renunciar a muchos halagos y caminar por el camino de la propia abnegación, siguiendo

a Cristo, y con su gracia, ha de superar toda clase de tentaciones, con que, el enemigo intenta apartarla de su buen propósito.

La empresa de buscar a Dios, a todos incumbe, pues Dios quiere que, “todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad (1.ª Tim. 2-4). Erramos el camino, cuando pretendemos alcanzar la verdad, con la actitud del que desconfía alcanzarla, porque no cree que exista; a lo sumo, admite ese “poco de verdad” que le haya cabido en suerte, respetando lo mismo en los demás; para él sólo existe “mi verdad” y “tu verdad”, postura claramente equivocada, aunque se vista con el ropaje de la humildad. Los que así piensan, consideran soberbia y presunción la seguridad de poseer la verdad, y por ello reprueban la “intolerable arrogancia”, de la Iglesia Católica, que se considera, Única Depositaria de toda la Verdad revelada, como nos ha recordado el Vaticano II, aunque reconoce que, en otras Iglesias, existen elementos de verdad que ella respeta.

No es actitud soberbia, la del católico, que se considera en posesión de la Verdad, y cree que ha encontrado el Camino seguro que lleva a Dios; antes bien, se siente más obligado para con Aquel, de Quien procede todo bien. Sin mérito alguno, por nuestra parte, hemos sido enriquecidos con los tesoros de gracia, que nos ha merecido Jesucristo nuestro Señor. Aquí tiene su fundamento la verdadera y cristiana humildad. El que vive de fe no puede ser altivo, si no es traicionando su misma fe, pues sabe que, cuanto ha recibido de Dios lo ha recibido, y que, al final de la jornada, le pedirá cuenta de los talentos. Debe agradecer al Señor, los dones que le ha otorgado, y su gratitud ha de cristalizar en una vida cristiana ejemplar, en una incesante búsqueda de Dios, ya encontrado en la fe, que debe ser cada vez más viva y operante por la caridad.

Tiene, por tanto sentido, para un católico, la expresión, “buscar a Dios”, tan usada en las Sagradas Escrituras y tan familiar a los Santos y a los Maestros de vida espiritual. Búsqueda que supone movimiento, y por tanto adelanto en el conocimiento de Dios, en que consiste todo nuestro bien, como claramente nos lo enseña el Divino Maestro: “Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el solo Dios verdadero, y a quien enviaste Jesucristo” (Jn. 17-3).

FRAY ANTONIO DE LUGO, O.S.H.

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXXIV

EL AÑO CRUCIAL: LA ENTRADA EN GUERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Una advertencia previa muy importante

Escribimos estas líneas en 1972. Aquí hemos de señalar una observación, de todo punto psicológica, muy importante.

Y excúsenos que, en gracia a hacerla bien patente y vívida, la hagamos un tanto irónica.

A lo largo del siglo XIX, la “culpa de todo” la tenía el clero. Más tarde el capitalismo y los imperalismos. Luego los fascismos. Actualmente, la culpa de todo la tienen los norteamericanos. (Bien que, afortunadamente para ellos, tienen las espaldas anchas.)

Está ahora de moda hablar mal de los Estados Unidos, tanto como, durante décadas, se les admiró e imitó sobremanera en todo. Ha sido un “voltaface” general de la opinión mundial, tan sorprendente como aleccionador.

Y en el que no puede menos que verse la mano de las sectas.

Hasta hace cincuenta años, a decir verdad, los Estados Unidos personificaban el egoísmo, el “bluff”, el mal gusto, el capitalismo burdo, el dinero. Sobre estos Estados Unidos que entraron en guerra en 1917 —tan injustamente como demostraremos—, nos habremos de expresar duramente, pues su actuación fue por tanto, de la gran Unión Americana de primeros de siglo.

Pero no se crea que, si hablamos mal de los Estados Unidos de entonces, es por seguir la moda anti-americana de ahora. Todo lo contrario.

Distinción entre los Estados Unidos de hoy y los de 1917

Aquellos Estados Unidos —que acababan de aplastar a la pobre e inerme España en 1898—, vieron premiada su injusta entrada en la I Guerra Mundial con la hegemonía y admiración del Orbe, que se disputaba el honor de imitarlos en todo, especialmente en las modas, mimética, gregariamente. Concediéndoles una admiración y un prestigio totalmente inmerecidos. Cosa notable ésta. Y, durante muchos años, sin ningún motivo, la palabra “americano” era la máxima consagración de modernidad y perfección

en todo: hasta cuando se trataba de anunciar “a la americana” una liquidación de un negocio de sastrería. Y los niños mascaban “chewing gum”.

Pero las naciones, y los pueblos, a veces, o se autoeducan, o bien, por lo menos, cobran conciencia de su responsabilidad mundial.

Hasta cierto punto, este honor corresponde a los Estados Unidos. Lo hemos de proclamar, siquiera sea por justicia y equidad.

Aun en la II Guerra Mundial, la actuación de los Estados Unidos (harto más justificada que en la primera), fue, no sólo discutible, sino plenamente parcial; ningún motivo hacia ella tenemos de encomio. Menos de agradecimiento.

Pero, desde 1945, pasada la II Gran Guerra, sería negar la más elemental evidencia —aun cuando ahora el mundo entero se obstina en negarla— el no reconocer que este pueblo norteamericano, en cierto modo, ha ocupado y desarrollado, bien o mal, una gran misión en la Historia. Digna o indignamente.

Por generosidad por ambición, o por egoísmo —según unos lo juzgan, o según otros—, el hecho positivo y cierto es que los Estados Unidos han sido el único valladar con que se ha encontrado detenida la Revolución y el Comunismo.

El hecho positivo es que, sin los Estados Unidos, el mundo ya sería comunista, y rusos y chinos plantarían sus tiendas por Europa. Quiérase o no reconocer.

¿Quién nos hubiera defendido? ¿Francia e Inglaterra, caídas en el ridículo de su anterior prepotencia, en justo castigo a sus centenarios pecados?

Si podemos escribir estas líneas, es, sencillamente, por cuanto en el Mediterráneo patrulla la VI Flota, la mayor del mundo, y en las aguas asiáticas la VII o no sabemos cuántas. De otra forma, escribiríamos desde Madridgrado o desde Barcinogrado. Negar esto, como niega todo el mundo, sólo se debe a la tontería general, a la fatuidad, y, cómo no, a los manejos sectarios.

Sabemos muy bien los enormes defectos —y los lamentamos— de los Estados Unidos. Su marines o sus soldados nada tienen de ángeles, ni tampoco de cruzados.

Pero tampoco lo tenían los cosacos del Zar. Y, a

lo largo del siglo XIX, culminando en la sofocación de la Revolución de 1848, gracias a aquellos cosacos, tan brutales como se quiera, se ahogaron las subversiones, y las personas honradas y tranquilas pudieron vivir varias épocas en paz. De Maistre y los grandes pensadores del XIX reconocen a Rusia esta providencial función de gendarme. Bien sabían que aquellas tropas del Volga no eran ursulinas, sino brutales. Pero la represión del mal, por desgracia, requiere el palo. No basta la dulzura.

Esta misma función de gendarme, tan discutible como se quiera, es la que han asumido —quizá sin darse cuenta de su función providencial— bien o mal los Estados Unidos. Y si los pueblos de Europa no estuviesen sumidos en la más burda fatuidad, pocos y malavenidos, ridículos, agradecerían la potencia que, bien o mal, les ha defendido y defiende del “knut” oriental.

De otra parte, y si hemos de ser sinceros, es absurdo este oleaje sentimental —en realidad, celos— contra los Estados Unidos.

Si tenemos el derecho a proclamar, y y proclamamos, que, a lo largo de la Historia, España ha sido, quizá, el único pueblo generoso —que dio al Mundo un Nuevo Mundo después de haberlo salvado contra el Islam— que haya existido, con la misma imparcialidad habrá que reconocer la generosidad con que los Estados Unidos han subvencionado, poco o mucho, a los países subdesarrollados (¿cuándo lo hicieron, Francia e Inglaterra, con sus Imperios universales, empleados solamente en explotar las razas de color?), como nos han defendido contra los ataques del Oriente comunista, y como, en fin, han abierto a la Humanidad la Luna.

Seamos justos y ecuanímenes.

Y hagámoslo constar así puesto que, repetimos, ya que vamos a hablar mal de los Estados Unidos de 1917, no parezca que lo hacemos con los de 1972.

Los Estados Unidos en 1917

Así como dedicamos, al comienzo de esta larga serie de artículos, especialmente entre el IV y el XX, un estudio de todas y cada una de las seis grandes potencias europeas, deberíamos hacerlo igualmente con los Estados Unidos. Por desgracia, la falta de espacio nos llevará a resumirnos.

Todo el mundo conoce el portentoso crecimiento de la Unión Americana desde su fundación en el último cuarto del siglo XVIII.

Al amparo de una riqueza natural sin igual, las

primitivas colonias inglesas se fueron expansionando, anexionando hacia Poniente —el Far-West—, el lejano Oeste, así como los llamados Estados del Sur, primitivamente mejicanos —por su origen español— amén de la Luisiana (francesa), Florida (española), etcétera.

No es hora de extendernos aquí sobre las causas y esencias de la gran guerra civil, de Secesión, Norte contra Sur, tan trascendental. Ella hizo cobrar, más aún que antes, conciencia nacional a la nueva Federación.

Durante los últimos 30 años del siglo XIX, el desarrollo y el esplendor de esta nueva nación, para llamarla así, fue eminentemente económico. Su desarrollo y progreso industrial, espectacular. Ya se consideraba en muchos aspectos a la Unión como el país más rico del mundo, y pronto, por ejemplo, en carbón y en acero logró la primacía. Se hablaba, y no sin motivo, del imperialismo yankee, pero, si hay que ser justos, era harto menos agresivo y absorbente que el francés y sobre todo que el inglés, atento, hay que reconocerlo, al trabajo interior.

Excepción brutal y lamentable fue la injusta guerra de agresión contra España. Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La pobre e inerte España —además, la “España sin pulso”, desorientada, de la lamentable Restauración—, enfrentada contra el nuevo coloso de Ultramar. Nuestros buques de madera, desafiando heroica y quijotesca, los acorazados de acero; nuestros pobres soldados, míseros y descalzos, en la manigua. Y muchos oficiales y militares españoles defendiendo la honra de España, en las mismas tardes en que en las capitales de nuestra Península la gente sólo pensaba en acudir a los toros.

Citamos esta guerra, además, por ser de las pocas —la más importante— llevadas a cabo por los EE. UU. antes de 1917. Nada gloriosa para ellos.

Ello motivaba que, hasta 1917, con Norteamérica se podía —y así se hacía— atribuirle aquello de “el valor, se le supone” ya que no había tenido ocasión de demostrarlo. Tampoco se sabía qué capacidad militar mostrarían sus jefes.

Entre 1914 y 1917, sin embargo, la posición de los EE. UU. había ya sido tan favorable a los Aliados que no podía serlo más, salvo el apoyo militar. Toda la industria, todo el comercio, inmensos, de los Estados Unidos estaban, como cómodo arsenal, al servicio de Francia y de Inglaterra. En este aspecto ya lo tenían todo.

Pero el hundimiento de Rusia iba a poner a Francia y a Inglaterra otra vez —y con gran vergüenza— pese a poseer todo un mundo de razas de color a su

servicio, pese a su superioridad numérica, en inferioridad ante las aguerridas divisiones alemanas victoriosas en el frente oriental, y trasladadas luego al occidental. De aquí que aun los Aliados hubieron de requerir, como si fuese poco, el apoyo militar, en hombres y en más armas, de los Estados Unidos.

Su potencial militar

Se “suponía”, en efecto, y en él contaban, y con razón, los Aliados. Pero fue tan grande, que sorprendió a propios y a extraños. A los mismos protagonistas, a los Estados Unidos los primeros.

Poseían éstos una población de más de cien millones de habitantes. Una capacidad, por tanto, de movilización, útil, de más de 6 millones; teórica, de más de 10. Medios y riqueza minera, industrial, económica, en arsenales, ilimitada, sobre todo ante una Europa ya exhaustiva tras casi tres años de guerra.

Hemos hablado —pues tenemos predilección hacia ella— de la Marina de los Estados en lucha. Tras las flotas de la Gran Bretaña y de Alemania, venía la de los Estados Unidos; nueva ayuda a la arrolladora superioridad naval británica. Limitémonos a indicar la existencia de unos 16 “dreadnoughts” yankees, amén de algunos viejos acorazados. Estimamos su flota de cruceros en una treintena; la suma de unidades ligeras eficaces por su época, ciertamente en el centenar. De otra parte, poca ocasión tuvieron en emplearse en la gran Contienda, ya que la flota alemana, tras Jutlandia, había renunciado a todo combate.

El único defecto de la aportación a los Aliados de los EE. UU. era su natural impreparación técnica (en época de paz su ejército era de poco más de 120.000 hombres). Pronto se evidenció, en honor a la verdad, sin embargo, su gran capacidad de organización, digna de mejor causa que la de alinearse, con senegaleses y neozelandeses, al servicio de Francia y de Inglaterra.

Para éstas, repetimos, a la larga, el hundimiento de Rusia quedaba hartamente compensado. A un país y un ejército derrotados, le suplía una nación joven, con un potencial humano inagotable, y un potencial económico mayor aún. Pese al genio de Foch y de los demás generales, Francia e Inglaterra ya sólo tuvieron un problema, no difícil, dígame lo que se quiera. Resistir los últimos —bien que terribles— coletazos alemanes (victoriosos en Rusia), para aguardar la llegada del alud americano. Que no se hizo esperar, y arribó con matemática exactitud.

¿Y qué se le había perdido a la U.S.A. en Europa?

Claro es. Esta pregunta asoma la primera. ¿Para qué la juventud americana había de acudir a morir en los campos de Europa, sólo para sacar las castañas del fuego al imperialismo franco-inglés, hundiendo al alemán, que ningún mal les hacía?

En realidad, esta pregunta ha quedado sin contestación a lo largo de la Historia.

El pretexto oficial, fue la guerra submarina desencadenada por Alemania, iniciada con el torpedeamiento del “Lusitania” en el que murieron muchos pasajeros americanos. Pero, por grave que fue la torpeza germánica —que nunca hemos disimulado—, no parece esto suficiente. Menos aún el “mesianismo” del Presidente Woodrow Wilson, y sus utopías de constituirse redentor de la humanidad entera. Precisamente, si soñaba con este inmortal papel: ¿a qué pretender intervenir en la guerra como juez y parte? Evidentemente, sus famosos 14 puntos, limpiados de su escandalosa parcialidad en favor de los Aliados, contenían un fondo de equidad en bastantes de ellos que hubieran podido servir para erigirle en árbitro pacificador, y quizá merecer la bendición de las generaciones. Mas su fatuidad le perdió; y perdió al mundo, y, en cierto modo, a su América: por lo menos, a la juventud que mandó a morir en las trincheras del Marne (segunda batalla) y del Aisne, para sacar las castañas del fuego a los Aliados.

Las causas reales, como hemos dicho, han quedado para siempre oscuras. Precisamente esto desenmascara la acción oculta de la masonería, empeñada en hundir a los Imperios centrales, con el fin de liquidar la católica Austria. Masonería y judaísmo, ya entonces profundamente antialemán, en su consigna revolucionaria. Y, asimismo, el gran capitalismo americano, con enormes sumas empeñadas: Norteamérica había “apostado” por el “caballo” franco-inglés en la trágica carrera de la Gran Guerra. Se había asociado con él. Un triunfo de Alemania representaba un desastre para el dólar, en el camino de éste hacia la cúspide monetaria mundial.

En 3 de febrero de 1917 se rompieron las relaciones, y en 3 de abril, Wilson declaraba al guerra. Basta leer los textos, para observar la injusticia y lo absurdo del caso. El Presidente, entre otras excusas, llegaba a decir que Alemania tramaba la alianza con Méjico y con el Japón para atacar a los Estados Unidos. Parece increíble tan burda patraña. El famoso e inquieto (que la leyenda ha aureolado), diplomático Von Papen a quien se acusó de tan rocambolescas

maniobras durante los primeros años, tenía harta experiencia para confiar los intereses de Alemania nada menos que al pobre Méjico, a la sazón un caos de bandidaje. Y en cuanto al Japón... Wilson olvidó que tenía declarada, asimismo, y desde el primer momento, la guerra a Alemania. ¡Mal podía ésta aliarse con su enemigo el Imperio del Sol Naciente que le había robado las colonias de Oceanía!...

Por lo demás, la propaganda aliada, repleta de dinero, había hecho el resto. El aislacionismo americano había finido.

Unos extraños generales en mangas de camisa...

Admirable —digno de mejor causa, repetimos— el esfuerzo, el gesto de organización norteamericano. En 18 meses pusieron en pie de guerra 4 millones de hombres (al firmarse el armisticio, había en Francia 100.000 oficiales y dos millones de "boys"). En julio de 1918, antes de la retirada alemana, habían llegado a Francia 1.800 locomotoras, 47.000 camiones (cifra enorme para aquella época aún no totalmente motorizada). Arribaban 10.000 hombres diarios. Y se utilizaron, en pocos meses, 27.000 vagones.

Pero esto, estaba bajo las órdenes de unos militares, de un Estado Mayor muy raro. Los Jellicoe con sus elegantes uniformes marinos; los Foch, Pétain y Weygand con sus tradicionales kepis, si querían vencer a los Hindenburg o Ludendorff con sus

cascos a lo Lohengrin, bruñidos de plata, debían acudir a aquellos militares, raros y desenfadados, que mascaban goma, e iban en mangas de camisa... despreciando, y con motivo, a la "Belle Europe", a la vieja Europa, víctima de sus viles rastros patrióticos, máscara del orgullo, puerta de la destrucción y del Comunismo... Europa, en guerra civil consigo misma, empeñada en no ser cristiana...

Que había conseguido, exactamente, esto. En Oriente, no ya los "mangas de camisa", sino los descamisados, dueños de la situación: la hez comunista. En Occidente —¡y aún gracias!—, la primacía dejada ya, definitivamente, en manos de los militares, "mangas de camisa".

Tal fue la subversión de 1917.

La jefatura del mundo ya estaba perdida para Europa.

Pasaba a América. La capitania —"tu Marcellus eris"— iba a consagrarse en los Estados Unidos. En su victoria pírrica, Francia, y, sobre todo, Inglaterra iban a conseguir la mayor extensión geográfica de sus respectivos Imperios mundiales en 1920. Francia media África. Inglaterra, de el Cabo al Cairo. Pero ello duraría poco. Una Segunda Guerra, en definitiva, continuación y consecuencia de la primera, liquidaría aquellos Imperios. "Tu Marcellus eris". La hegemonía ya quedaba —era cuestión de tiempo el coronarla, fuera de Europa—, en los Estados Unidos, que, ellos solos, pesarían y podrían más que toda la vieja Europa, pobre y malavenida.

LUIS CREUS V(DAL)

SAN PABLO A LOS CORINTIOS

(1. 1, 17-24)

Porqué no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio; no en sabiduría de palabras, porque no sea hecho vana la cruz de Cristo.

Porqué la palabra de la cruz es locura para los que se pierden; más para los que se salvan, para nosotros, es potencia de Dios.

Porqué está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la inteligencia de los entendidos.

¿Qué es del sabio? ¿qué del escriba? ¿qué del escudriñador de este siglo? ¿no ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?

Porqué por no haber el mundo conocido en la sabiduría de Dios a Dios por sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.

Porqué los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría.

Mas nosotros predicamos a Cristo crucificado, piedra de tropiezo para los judíos y locura para los gentiles.

Empero a los llamados, así judíos como griegos, Cristo potencia de Dios y sabiduría de Dios.

GLORIA A MARIA, MADRE DEL HIJO

Tiene la Virgen María relación también estrecha e individual con la Persona del Hijo. Es lo que cantamos en el Trisagio: “Gloria a María, Madre del Hijo”. En lo que es de notar que el Padre Eterno confiere a la Virgen María, al darle su ser en la filiación divina, su misma fecundidad. No puede conferirle la fecundidad interna trinitaria. Pero sí le confiere su misma fecundidad, en el sentido de que la hace verdadera y realmente Madre de la misma Persona a quien Él de toda eternidad engendra.

Por eso la Virgen María no es Madre del Hombre Cristo; la Virgen María es Madre de Dios. Esta verdad está definida por la Iglesia y repetidamente reiterada después del Concilio de Éfeso, y la ha mantenido contra todos los herejes. Se es madre por razón de comunicar a una Persona su naturaleza; pero no se es madre de la naturaleza, sino de la persona a quien se comunica una naturaleza semejante a la propia. No habiendo en Cristo más que una Persona, la Divina; síguese que la Virgen María, al darle verdadera naturaleza humana, es Madre de la Persona de Cristo, que es divina. Y por eso, auténticamente es Madre de Dios.

Y aparece la grandeza diríamos fundamental de la Virgen María.

Primero, por parte del Padre Eterno, ¿cuánto da a la Virgen María? Si la hace Madre de su mismo Hijo, tiene que hacerla competente, proporcionada a ese oficio. Y por consiguiente, todo lo que el Padre tiene, lo versa realmente en la Virgen María, porque si no la Madre del Verbo Encarnado desdeciría de la paternidad de Dios; desdeciría del Padre de ese Verbo, y la ignominia sería para el Hijo, no sería para la Madre. Y por eso, todo lo que se pueda decir del Padre Eterno y de sus perfecciones, hay que decirlo de la Virgen María, pero *como recibido* en Ella. Al recibir toda esa perfección, como creatura que es —y así incapaz de recepción pasiva infinita—, le da un límite que llamamos *obediencial*. Recordemos que hay dos clases de capacidad en la creatura: una capacidad activa, lo que una naturaleza creada exige por sus elementos constitutivos, que Dios ha puesto en ella; y hay también una capacidad meramente pasiva, llamada *obediencial*, que consiste en la capacidad de ser actuada por Dios en la medida que Dios quiera.

Así, por ejemplo, ninguna creatura tiene capaci-

dad activa para la visión beatífica, que es propia y exclusiva de Dios; tenemos capacidad obediencial: si Dios nos la da, Él nos puede hacer capaces. Y siempre que se trata de una capacidad obediencial, nunca entendemos, porque nuestra naturaleza no tiene medios de alcanzarlo, cómo Dios puede hacerlo.

Y aquí vale lo que dijo el ángel a la Virgen María: “porque no hay imposible para Dios cosa alguna” (Lc. 1, 37). Tampoco es imposible para Dios comunicar la plenitud de su ser a la Virgen María, para que sea verdaderamente y dignamente Madre de su Hijo, como Él es Padre, aunque esa plenitud de su Ser, al ser recibido, permanezca finito.

Por eso, toda la creación reunida es como nada comparada con la perfección que Dios quiso poner en la Virgen María.

Eso por parte del Padre. Pero hay un aspecto que debe considerarse por parte del Hijo. Es verdad que la Virgen María sólo comunica al Verbo la naturaleza humana; pero a esa naturaleza humana se une el Verbo personalmente, haciéndola suya, de tal modo que san Pablo puede decirnos que en esa naturaleza humana de Cristo “habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad” (Colos. 2,9). Así pues, la Virgen, que le comunica esa naturaleza, no se la comunica como separada del Verbo, sino empalmándola al Verbo, dándole la personalidad divina. Y por eso, toda la riqueza que hay en la naturaleza humana de Cristo, la riqueza de gracia, la riqueza de filiación divina, está igualmente en la Virgen María, de quien recibe esa naturaleza. Está de modo distinto, pero es la misma, porque es la Virgen María quien se la comunica. Modo distinto porque en Cristo toma la dignidad de la Persona divina; en María no la toma. Por eso en Cristo está como una fuente última, por la Persona divina de que dimana; en María no está como en fuente última, sino como en recipiente en el que se recibe para derramarse en todos.

Tercero, se ve también la grandeza de esa patética recepción de María, no ya por razón del Hijo como recibiendo su ser de la Madre, el ser humano al revestirse de naturaleza humana “llena de gracia y de verdad” (Joan. 1, 14) por ser de Persona divina, sino que también hay que tener en cuenta el comportamiento del Hijo con su Madre. Y para entenderlo



HOUEN

I M
SERRA
GODAY

no hay más que ver el comportamiento del Hijo eterno de Dios con su Padre Eterno. Jesucristo se presenta siempre en el Evangelio como recibido, como confiado a su Padre, comunicando todo a su Padre: "Todo lo tuyo es mío; todo lo mío es tuyo" (Joan. 17, 10). Y precisamente el Verbo se vuelca totalmente y se une al Padre del que procede mediante el Amor sustancial que le une a Él. Todo lo agradece a su Padre.

Pues eso mismo ha de hacer con la Virgen María. Si no puede agradecerle su naturaleza humana, y todas las riquezas que esa naturaleza humana contiene. Por consiguiente, si vuelve a la Virgen María como a su Madre toda la riqueza que recibe al ser asumida esta naturaleza por el Verbo, y es la misma Persona divina la que se la devuelve, es evidente que no hay gracia alguna en Cristo, en su naturaleza humana, por la cual precisamente nos recibe, nos salva y nos hace hijos de Dios, no hay gracia alguna, ni bien alguno, ni hermosura ninguna, ni comunicación divina a esa naturaleza humana —y fijémonos que la comunicación es comunicación personal, entrega de la Persona divina a esa naturaleza—, que no se dé también en la Virgen María: ninguna comunicación divina falta en la Virgen María. Porque Jesucristo se lo devuelve todo, y se lo atribuye todo, igual que en el orden divino atribuye todo, y lo devuelve todo a su Padre. Y por eso, también Él dice a la Virgen María: "Todo lo tuyo es mío, y todo lo mío es tuyo".

Y en ese orden de su naturaleza humana no tiene más que una preocupación: agradar a su Madre; como su Persona en la naturaleza humana y en la divina no tiene "más manjar que cumplir la voluntad de su Padre" (Joan. 4,44).

Finalmente, esa Maternidad de la Virgen María incluye, como Madre del Hijo, una extensión prácticamente infinita de fecundidad, porque, haciéndonos todos hijos de Dios en cuanto incorporados a Jesucristo en su naturaleza humana —nos asume a Sí al tomar nuestra naturaleza—, síguese que así como esa naturaleza se hace Hijo de Dios —es naturaleza del Hijo de Dios— por mediación de María que la presta y une al Verbo, igual todos los demás nos hacemos hijos de Dios por la acción materna de la Virgen María. Y por eso no hay filiación alguna divina creada, no

hay bienaventurado en el cielo ni justificado en la tierra, que no tenga la vida sobrenatural derivada de la Virgen María por generación, como deriva la vida de gracia en la naturaleza humana de Cristo por generación de la Virgen María. Pues ni se hubiera dado esa naturaleza, si la Virgen María no lo hubiera engendrado, no se la hubiera comunicado.

Eso nos lleva a conocer o barruntar un poquito la magnitud del conocimiento y del amor de la Virgen María, porque si la vida que hacen todos los bienaventurados, la vida sobrenatural, deriva de Ella, es participación de Ella, en Ella está el conocimiento, el amor de Dios reunido, que tienen todos los bienaventurados por separado. Y por eso, honra más a Dios la correspondencia de la Virgen María que la correspondencia de todos los santos juntos. Por eso se dice en su Salmo: "Sus fundamentos están en los montes santos; ama Dios más las puertas de Sión —de la Virgen María—, que todas las tiendas de Israel" (Salm. 86, 1). Los fundamentos de la Virgen María, donde Ella empieza, es donde todos los santos acaban. Y de ahí para arriba no sabemos nada: sólo que el principio de la Virgen María —"las puertas de Sión"—, la obra que Dios hace en Ella, llegamos a empezar a conocerla cuando conozcamos todo lo que aman los santos reunidos: y ahí empieza Ella. Y ama Dios más los inicios de la vida de la Virgen María, de ese ser de la Virgen María, que todas las consolaciones de la santidad de todos los ángeles y de todos los hombres.

Y esto no nos ha de dar envidia, porque esto es precisamente nuestra seguridad, porque al hacerla Dios Madre nuestra ha puesto en Ella un tesoro prácticamente infinito, cuyo límite sólo Dios conoce; y aun es un límite que Dios va ensanchando continuamente, aumentando la capacidad de la Virgen María, para que Ella nos guarde ese tesoro y nos proteja; y así nuestra seguridad es plena, porque todo se ha puesto en manos de mi Madre, y se la ha llenado de un amor materno hacia a mí que es el mismo que tiene a su Hijo Unigénito. Recordemos lo que dice Pío XII, que nos ama la Virgen María, con la misma ternura, con el mismo cariño, con el mismo cuidado, con que atendió y amaba a Jesús cuando estaba en la cuna.

ANTONIO PACIOS, M.S.C.

LIBERTAD Y LIBERTINAJE

El Concilio Vaticano II afirma que los hombres de nuestro tiempo ensalzan con entusiasmo la libertad. Nunca se ha hablado y escrito tanto sobre la dignidad de la persona humana y del respeto que se debe a la manera de pensar y proceder de cada uno. Y el Concilio aprueba este entusiasmo, ya que “la verdadera libertad, dice, es signo evidente de la imagen divina en el hombre, y la dignidad humana requiere que el hombre actúa según su conciencia y libre elección” (Const. sobre la Iglesia en el mundo actual, n.º 17).

León XIII en su Encíclica sobre la libertad humana, la llama “don nobilísimo de la naturaleza, propio de los seres inteligentes y racionales, que confiere al hombre la dignidad de ser señor de sus acciones”.

El Antiguo Testamento nos ofrece ya una bella descripción de esta prerrogativa humana. *Dios hizo al hombre desde el principio, y le dejó en manos de su albedrío* (Ecli. 15, 14). La libertad es tan antigua como el hombre y tiene por autor al Creador. Éste ha establecido leyes, por las que debe el hombre regular sus acciones, pero no violenta su voluntad. *Si tú quieres, puedes guardar los mandamientos, y es de sabios hacer su voluntad*. Puso ante sus ojos lo bueno y lo malo, lo útil y lo perjudicial, y le dejó elegir lo que quiera. *Ante ti puso el fuego y el agua* (símbolos de las cosas opuestas); *a lo que quieras tenderás la mano. Ante el hombre están la vida y la muerte; lo que cada uno quiera le será dado* (vv. 16-18). Seguir la voluntad de Dios, cumpliendo sus mandamientos, o apartarse de ella por el pecado, depende de su voluntad libre. Consiguientemente el pecado tiene su origen en el mal uso que el hombre hace del don de la libertad.

Pero desgraciadamente, la libertad, añade el Vaticano II, “se fomenta de forma depravada, como si fuese pura licencia para hacer cualquier cosa con tal que deleite, aunque sea mala”. Lo mismo había dicho antes León XIII: “Hay una falsa idea de la libertad, que algunos desnaturalizan en su esencial concepto extendiéndola a cosas, en las cuales el hombre, si discurre bien, no puede ser libre”. Doctrina fundada en la Sagrada Escritura.

San Pablo, escribiendo a los Gálatas, les dice: *Vosotros habéis sido llamados para la libertad; solamente que no toméis esta libertad como pretexto a favor*

de la carne (5, 13). El cristiano por la fe en Jesucristo y el bautismo, ha quedado incorporado a Cristo, libre de la servidumbre del pecado y del yugo de la ley antigua. Pero entendería mal esta libertad, quien creyera, como parece pensaban algunos Gálatas, que por ella se podría dar rienda suelta a los apetitos de la carne. Nuestra libertad tiene su origen en Cristo. *Cristo nos ha rescatado para la libertad. Permaneced en ella, y no os sometáis nuevamente al yugo de la esclavitud* (5, 1). Alude el Apóstol a Cristo crucificado, quien con el precio de su sangre nos rescató del pecado y nos dio la libertad propia de los hijos de Dios. *Habéis sido comprados a gran precio*, dice a los Corintios en la primera carta, *no os hagáis esclavos de los hombres* (7, 23).

Los cristianos de Corinto, corrían el peligro de verse inficionados por el libertinaje, que envolvía a la sociedad de aquella urbe, célebre por su corrupción moral. San Pablo dialoga con los libertinos y establece los principios, que han de regir la vida de un cristiano en semejantes circunstancias. *Todo me es lícito*, decían. No; contesta el Apóstol; dejarse dominar por los apetitos desordenados de cualquier clase que sean, ni es útil, ni propio de la vida de un cristiano. La libertad no debe degenerar en esclavitud de la carne. Pero insistían: *Los manjares para el vientre y el vientre para los manjares*: de la misma manera, el placer sensual para el cuerpo. *El cuerpo*, responde San Pablo, *no está hecho para la formación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo*. Cuerpo, vientre y alimentos se nos dan para servir al Señor en toda pureza y santidad. Si el apetito sexual tiene algún parecido con la comida, no se sigue de aquí que sea lícito el libertinaje en esta materia. El cuerpo del cristiano está consagrado a Cristo, con el que ha de triunfar en la resurrección universal.

Añádase a esto que somos miembros del cuerpo místico de Cristo y los desórdenes sensuales nos rebajan hasta hacernos esclavos de las más viles pasiones y criatura (vv. 15, 16).

El Apóstol San Pedro en su primera carta exhorta a sus lectores a portarse como libres, pero *no usando la libertad como velo para cubrir la maldad, sino como siervos de Dios* (2, 16). Y en la segunda carta reprende con duras palabras a los que usando expre-

siones altisonantes y vacías, seducen a otros para que sigan las pasiones de la carne y todo libertinaje. *Les prometen la libertad, añade, siendo ellos esclavos de la corrupción, ya que cada uno es esclavo de aquel por quien ha sido vencido* (vv. 18, 19).

También hoy, la libertad que algunos pregonan, no es sino un velo para encubrir los más degradantes vicios. Al materialismo y libertinaje de la vida moderna contribuyen los atractivos que se exhiben en centros de diversiones, cines, teatros, etc., hasta en

algunos anuncios de revistas y periódicos. Nada digamos de la exaltación, que por los medios de difusión se hace del nudismo, del erotismo y de la pornografía más o menos disimulada; a todo lo cual se añaden los libros de literatura sensualista, el abuso de las drogas y el espíritu de rebeldía contra toda autoridad divina y humana. Estas plagas, decía Pablo VI en el pasado año, se difunden y propagan como epidemias sociales en el mundo de hoy, y todos estamos llamados a combatir las como una peste.

EL ORGULLO DE LA VIDA

El apóstol S. Juan en su primera carta señala tres enemigos, que acechan la vida espiritual del cristiano: *la concupiscencia de la carne; la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida* (2, 16). Este último es el más temible, ya que según la Escritura, es el origen de todos los males, que aquejan a la humanidad. *Seréis como Dios*, dijo la serpiente a Eva, y la mujer, arrastrada por su orgullo, nos precipitó a todos en el pecado y en la muerte (Gn. 3, 5-6). El orgullo fue causa del primer pecado y lo es de todos los demás. *La soberbia es heraldo de la ira, y la altivez de corazón de la caída* (Pr. 16, 18).

Todos llevamos en lo más hondo de nuestro corazón un poso de amor propio, que nos arrastra hacia el orgullo, que es la idolatría del yo, la autosuficiencia, la cerrazón del entendimiento humano, en creer se basta a sí mismo. Nace o de la negación práctica de un Ser Superior, que impone sus leyes a todos los hombres, o de una fe poco ilustrada en Dios Supremo Señor y Legislador.

El principio de la soberbia, dice el Sabio, es apartarse de Dios y alejar de su Hacedor su corazón (Ecli 10, 14). Por el orgullo nos atribuimos algo, que no poseemos. *Si alguno se cree alguien, no siendo nada, dice S. Pablo, se engaña a sí mismo* (Gál. 6, 3). Y escribiendo a los Corintios en su primera carta, les dice: *¿Qué tienes, que no hayas recibido? Y si lo has recibido ¿por qué te glorias, como si no lo hubieses recibido?* (4, 7).

El hombre dominado por el orgullo se constituye a sí mismo centro de su vida y de sus acciones, aun a costa de los derechos de los demás. El Antiguo Testamento reprueba con duras expresiones este vicio y pondera los desastrosos efectos que produce en el individuo y en la sociedad. Los Proverbios llaman *insolente al orgulloso* (21, 24). No respeta la ley de

Dios, ni la dignidad de sus semejantes, haciéndose despreciable a todos. *No te engrías, pues caerás y echarás sobre ti la infamia* (Ecli 1, 38).

El orgulloso rechaza toda dependencia de los demás, y no admite que se le juzgue, o se le corrija. *El petulante no quiere que le corrijan, por eso no se junta con los sabios* (Pr 15, 12). Para gobernarse a sí mismo se cree más duro que todos y no tolera orientaciones ajenas, ni admite consejos de otros, que cree no necesita. *Es odioso a Dios y a los hombres* (Ecli 10, 7). Dios castiga a quien se arroga lo que sólo a él pertenece, y los hombres miran siempre con recelo y antipatía a quienes en su modo de proceder y de hablar se creen superiores a los otros con derecho a dominar y regir a los demás. Según los Proverbios, *seis cosas aborrece Dios, una de ellas los ojos altaneros* (6, 16). *Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da su gracia* (Pr 3, 34; Sant 4, 6 y S. Pedro en su primera carta 5, 5).

El orgullo trae al hombre la humillación, pero el corazón humilde es ensalzado (Pr 29, 23). Lo mismo que enseñó Cristo: *quien se ensalza será humillado* (Mt 23, 12), y cantó la Virgen: *Arrojó del trono a los poderosos y ensalzó a los humildes* (Lc 1, 52).

Las ocasiones del orgullo son múltiples. Unas veces procede de las riquezas, otras de los honores y del poder, otras de la ciencia y en la mujer con frecuencia de al hermosura. Singular relieve concede el autor de los Proverbios al orgullo que proviene de la ciencia: *¿Has visto a uno, que se cree sabio? Más puedes esperar del necio, que de él* (26, 12). Preciosa observación psicológica, aplicable a los científicos de todos los tiempos, que dejan dominarse por el orgullo. El sabio se corregirá de este vicio con más dificultad que el necio. Éste, si su necedad proviene de la ignorancia, tiene posibilidad de salir de ella. Pero el

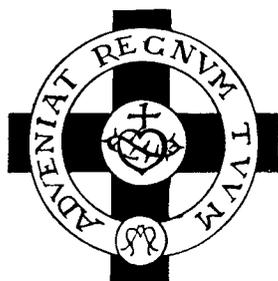
orgullosa, que se cree sabio y superior a los demás, está más incapacitado para aceptar lecciones ajenas y corregirse.

S. Pablo escribiendo a los Romanos, les ruega que no fomenten *sentimientos de altivez, ni se complazcan en su sabiduría* (12, 16). Alude a las diferencias de

nacimiento, de raza, de fortuna, de ciencia, de las que podrían gloriarse los habitantes de la capital del Imperio. La gloria del cristiano ha de ser imitar al Maestro que se humilló hasta la muerte y nos exhorta a seguir sus lecciones porque *es dulce y humilde de corazón* (Mt 11, 29).

SEVERIANO DEL PÁRAMO, S. J.

Profesor de Sagrada Escritura en la
Universidad Pontificia de Comillas



PODER DE LA ORACION PARA OBTENER LAS GRACIAS NECESARIAS AL PROJIMO

Es la oración el género de concurso más propio para ayudar el trabajo de la gracia en las almas de nuestros hermanos, y convertirnos en auxiliares de Dios en su regeneración.

Es en efecto evidente que nuestras fuerzas naturales no pueden contribuir en manera alguna al feliz éxito de esa obra enteramente sobrenatural.

Pero si no podemos sin Dios trabajar en la regeneración de nuestros hermanos, podemos trabajar con Él eficazísimamente en ella. Si, ese Padre infinitamente misericordioso que ama todas las obras de sus manos, pero que ama a las almas más que todas las otras obras suyas, nos ha dado un medio poderosísimo de volver la vida a las que la han perdido; y este medio es la oración.

La oración llena perfectamente todas las condiciones de la parte con que quiere el Señor que contribuyamos a las obras de salvación de nuestros hermanos, porque por un lado quiere que el concurso que le prestemos sea activo, constante, leal. Exige que nos ayudemos los unos a los otros a alcanzar el fin sublime para que nos ha criado. Nos obliga a amar a nuestros hermanos como nos obliga a que le amemos a Él: estos deberes no hacen más que uno. No quiere que podamos persuadirnos que estamos sinceramente consagrados a sus intereses, mientras no trabajemos con nuestras fuerzas para hacer que reine en las almas, que constituyen su verdadero reino, ni consiente tampoco que nos figuremos amarnos verda-

deramente a nosotros mismos, si no amamos como a nosotros a nuestro prójimo, esto es, si no trabajamos en su salvación como en la nuestra.

Mas por otra parte Dios quiere que ese concurso que hemos de prestar a su gracia para la salvación de nuestro prójimo sea de tal naturaleza que le deje toda la gloria de esa obra, la más divina de todas las suyas. Es preciso, pues que empleemos en este objeto todas nuestras fuerzas, pero de tal manera que nuestra acción vaya a buscar en Dios toda su eficacia.

Todas estas condiciones las llena admirablemente la oración; puesto que rogando a Dios por la salvación de nuestros hermanos podemos desplegar todo lo que hay en nosotros de energía, de caridad y de celo; al propio tiempo que por el mismo fervor con que oramos damos a conocer y proclamamos que estamos plenamente convencidos de nuestra impotencia, ya que sólo de Dios esperamos el espíritu de vida que debe hacer salir de su sepulcro las almas por las cuales rogamos.

A esa admirable mezcla de energía y de humildad es a la que debe la oración su eficacia sin límites sobre el corazón de Dios, porque esas dos cualidades son precisamente las que le permiten glorificarse en su criatura. El darnos cierto grado de poder fue evidentemente con el objeto de que lo ejerciéramos; pero por otro lado no pudo permitir que obrásemos jamás como impulsados por nosotros, siendo necesario que le sea atribuida toda la gloria de nuestras obras.

Y porque la oración satisface perfectamente esas dos exigencias de la sabiduría divina, lo obtiene todo de la divina bondad; porque, no lo olvidemos, la inclinación irresistible de esa voluntad soberana es el darse y comunicarse sin medida. Océano infinito de luz, de vida, de dicha, tiende a derramar sus aguas sobre todo lo que es capaz de recibirlas. Únicamente pueden detener sus corrientes nuestro orgullo y nuestra infidelidad; mas en cuanto venga la oración a derribar esas barreras dejará superabundantemente colmados todos nuestros deseos.

De esta suerte la oración nos hará en todo el rigor de la expresión, salvadores de nuestros hermanos, y sin quitar a Dios nada de su gloria, nos pondrá en estado de cooperar eficazísimamente con Él a la mayor de todas sus obras.

Existe sin duda algún otro género de concurso que podrá Dios pedir a las almas escogidas. Podrá llamar a ciertos hombres a que sean sus ministros y a que dispensen, según ciertos ritos divinamente ins-

tituidos, esa gracia que las oraciones de sus hermanos habrán hecho bajar del cielo. A otros podrá confiarles el ministerio evangélico y hacer de sus palabras un canal por medio del cual se derramen en las almas las olas de su amor y de su luz; y podrá, en fin, conceder a otros otros dones. Esos diferentes ministerios constituyen a los hombres en un sentido, si se quiere, más elevado, en cooperadores de Dios y representantes suyos en la tierra. Mas si les confieren una dignidad mayor, no les dan por sí mismos un mérito que pueda compararse con el de la oración. Es imposible alcanzar la gracia para los demás sin obtenerla al propio tiempo para sí mismo, al paso que es por desgracia harto fácil que el sacerdote distribuya la gracia en los fieles sin conservar para él la menor parte de ella. El Apostolado de la Oración no trae más que gracias, mientras que el de la palabra y el de los sacramentos al mismo tiempo que grandes gracias, trae consigo una inmensa responsabilidad.

El Apostolado de la Oración
ENRIQUE RAMIÈRE, S.I.

MANTEN LO QUE TIENES, NO SEA QUE OTRO SE LLEVE TU CORONA

Y ESCRIBE EL ANGEL A LA IGLESIA DE SARDIS:

El que tiene siete Espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice estas cosas: Yo conozco tus obras, que tienen nombre que vives, y estás muerto.

Sé vigilante y confirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios.

Acuérdate pues de lo que has recibido y has oído, y guárdalo, y arrepíentete. Y si no velares vendré a ti como ladrón, y no sabrás en que hora vendré a ti.

Mas tienes unas pocas personas en Sardis que no han ensuciado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas; porque son dignos.

El que venciere será vestido en vestiduras blancas; y no borrará su nombre del libro de la vida y confesaré su nombre delante de mi Patria, y delante de sus ángeles.

EL BIELDO Y LA CRIBA

JUANA DE ARCO, EUROPA Y LA INTERNACIONAL CRISTIANA

(De la revista "Permanences", mayo de 1972, que a su vez lo toma del libro de Pierre Virion bajo el título: "El misterio de Juana de Arco y la política de las naciones".)

La historia está llena de tentativas para una Europa unida, o de unión mundial, haciendo abstracción de la potencia espiritual de la Iglesia. Pierre Dubois presentó un proyecto de arbitraje elaborado por un concilio laico de naciones del que se excluiría al Papa. Algunos años después de la muerte de santa Juana de Arco, Podiebrard, rey de esta Bohemia husita que tanto y tan tristemente dio que hablar, propuso otro y ganó en su favor a varios príncipes. Se trataba de una organización tan laica como la anterior, que lanzaría los rayos internacionales acompañados de sanciones contra todo agresor de la paz. Se debía votar por naciones en el seno de esta asamblea igual que en nuestros días en las Naciones Unidas. Pero Luis XI cuya adhesión se solicitó, hizo enterrar el proyecto. Tal vez sin la monarquía francesa hubieran nacido otras organizaciones en el siglo XVII, como la de los Hermanos de la Rosa Cruz, cuyo autor, Comenius, sería reivindicado más tarde por la U.N. E.S.C.O. como un antecesor.

Por otra parte, esta reivindicación es fundada, pues la tradición revolucionaria, viene de allí en gran parte. La Revolución Francesa es la que ha dado vida al mesianismo humanitario cuyo dinamismo esencial avanza, lejos de Cristo, hacia la unidad forzada de una contra-Iglesia que se quiere tan universal como el catolicismo, es decir, hacia una especie de Cristiandad de signo contrario. Este mesianismo obtendrá en la vida internacional una extensión de la que la historia conserva las etapas. Poco importa la reacción de la Santa Alianza a principios del último siglo. Esta internacional conservadora de un orden europeo fundado en un equilibrio de fuerzas profesará un cristianismo demasiado equívoco para sostener su posición. No resistirá a la otra internacional disimulada bajo apariencias de liberalismo, del principio de las nacionalidades, de la democracia, de la cuestión del Oriente y que hará saltar la vieja Europa católica cuarteada en 1830, en 1848, en Italia, en Sadowa, en Sedan, siempre en beneficio de las potencias protestantes y vanguardistas cuyo bloque materialista cargará con todo su peso sobre el mundo entero.

Desde entonces la economía se ha convertido en el móvil de la política y ha usurpado los principios que constituyen el valor personal de los individuos.

Desde aquí, sus aptitudes para la industrialización han proseguido su obra de despersonalización creciente. En demasiados sitios, la colonización que hubiera tenido que secundar los esfuerzos de cristianización, ha cedido el lugar al colonialismo de los negocios, no considerando los pueblos más que como elementos productivos. ¿Habrá que asombrarse del éxito de un ideal de masas, transformado por poderosos intereses, en revoluciones efectivas pretextando la fraternidad universal? Pues tras la fachada de justicia y libertad por la que han creído morir millones de hombres, cada nueva revolución, cada nueva guerra, siempre más extensa y más mortífera que la precedente, aporta su tributo de impostura al servicio de poderes ocultos y financieros que enfrentan los pueblos unos a otros para imponerse sobre estas divisiones. Es por esto que ni la Sociedad de Naciones, ni el nazismo, ni el fascismo, ni la internacional comunista, ni la sinarquía universal no han podido nunca tener la vocación de la paz. Fuerzas anónimas misteriosas que no tienen ni Fe ni patria sólo pueden endoctrinar los pueblos en pro de una falsa unidad mundial. Se hace del culto al hombre otra religión y de la Humanidad un cuerpo y un reino a los que se ha transferido los privilegios del Cuerpo místico de Cristo y del Reino de Dios.

Y aquí, ¿no vemos a Juana de Arco salir de su misterio y darnos la prueba de su actualidad?

Pues es preciso, como ella, abrir la Internacional apoyándose en Dios y no cerrarla sobre el hombre para que veamos la libertad juntar las naciones en una unidad que no es ciertamente dictadura humana. Salvando su patria, Juana de Arco reclama la justicia entre los pueblos, y proclamando como ella lo hace en Reims su común sujeción a Cristo, les llama realmente a la unidad. Como ella hizo en otro tiempo de una falsa Europa ¿no se ve que la Santa hoy día pueda romper la argolla del imperialismo mundial que desde hace tres siglos el iluminismo, la democracia, los apóstoles de Mammon se esfuerzan en imponer? Cosa notable, ¿no es semejante, guardando todas las proporciones, la situación internacional de su tiempo con la que a nosotros nos golpea el espíritu? Es que también por un misterioso designio que ella se levantó contra los husitas a los que fue dirigida por el P. Pasquerel, su confe-

sor, la célebre carta que atormentó al pacífico san Juan de Capistrano. El Apóstol se dedicó a convertir las almas: la santa guerrera tenía la misión de poner los principios del orden y defenderlos. Son los husitas, en efecto, los primeros que en cuanto a nación, se han separado de Roma y han consumado violentamente su ruptura con la Cristiandad.

Es Amos Kominsky (Comenius) obispo de los Hermanos Moravos, sus descendientes espirituales, que bajo la inspiración de los Rosa-Cruz formulan el plan sinárquico reemprendido y puesto al día en el último siglo por las sociedades secretas. La oposición directa de Juana de Arco a estos lejanos antecesores del lacisimo en las relaciones internacionales ¿no es un signo de actualidad que los acontecimientos no dejan ni dejarán de sacar a la luz? Sin duda los más atentos de sus contemporáneos no tenían necesidad de tal signo para ver en los hechos de la Doncella el orden divino y humano de las cosas. ¿Por qué los nuestros a los que la historia parece haber sacudido su embotamiento, no han comprendido el signo, por qué no lo han señalado? ¿Es que la han disfrazado situándola casi siempre, para juzgarla, en el cuadro subjetivo de nuestras propias visiones o teorías? Los unos, por ejemplo, los clérigos en especial, no han hecho de ella con frecuencia más que una jovencita que se conserva como patrona de una piadosa llamada a la realeza de Cristo. Idea muy respetable, seguramente, pero no menos desplazada que la de ver en ella la amazona de un patriotismo jacobino, sobrepasado ahora por las exigencias del presente y los progresos de una diplomacia tecnocrática.

Juzgándola bajo el contexto de nuestras concepciones modernas, sutilidades decadentes que después de todo no han hecho hasta aquí más que cosechar el éxito del error, se pierden de vista los valores universales que Juana representa y el inolvidable empirismo con que ella las ha ilustrado. Ella, tiene sin embargo el increíble privilegio de poder decirnos que nuestro mundanismo fundado sobre las declaraciones de derecho, sobre la primacía de lo "económico", sobre "tomas de conciencia colectivas" o sobre un globalismo humanitario no son en definitiva más que un conjunto de profundas abstracciones.

Lo que esta campesina enraizada en su terruño puede tener en el espíritu es, en cambio, concreto. Y, en principio, ha heredado de la Edad Media el horror a las abstracciones. Preciso es partir de esto para captar el alcance del internacionalismo de la Doncella. Si, por su parte, no podía tener más que una idea sumaria de lo que fue la Europa de los siglos XI a XIV, esta idea, aunque ella no fuera ni

"A" ni "B" no dejaba de ser por lo menos la imagen de una realidad histórica, un modelo positivo de realismo internacional. Pues "*hemos tenido una Europa*" decía Carlos Maurras y esta Europa acoplaba una gran variedad de pueblos y de reinos en una unidad de la que la historia es testigo. Hubo discordias y guerras —menos sangrientas que las nuestras— y sobre todo no enrolando, como en nuestros días, la totalidad de las naciones, sino solamente sus jefes. Estos conflictos permanecían parciales o locales, mientras que, en conjunto, la Europa de este tiempo, gozaba de una paz comparable a la paz romana y que no se verá en lo sucesivo. Esta diversidad de principios y de pueblos desbordante de vida, de actividad, era irreductible, a causa de las diferencias étnicas de las poblaciones y de sus múltiples libertades, a una integración (como se dice hoy día) opresiva y debilitante. Pero encontraba un centro de atracción, un punto de acoplamiento en el plano espiritual en que la unidad de la cruzada, por ejemplo, constituye un signo visible. Diversidad y unanimidad se traducían entonces en un orden europeo en el que se distinguían dos grandes principios: el respeto al individuo y la unidad en la Fe católica. Nada de grandes teorías, nada de interminables disputas "ideológicas" sobre la persona humana, pero en todas partes en lo alto y en lo bajo de la escala social, vínculos reales y vívidos de hombre a hombre, obligaciones personales recíprocas de servicio, de protección y de fidelidad. No hubo en ella absolutamente nada relativo a tentativas de Europa unida, fundadas sobre la desaparición de las explotaciones rurales como se ha propuesto en nuestros días en favor de un reagrupamiento que constituiría la "Europa verde", la de la concentración económica y no la de los hombres y de los hogares. La unidad de doctrina en la Fe, una cierta realización social del Cuerpo místico imponían a las relaciones internacionales el uso de una misma ley moral y la existencia de una misma supranacionalidad desligada de pasaportes y controles. Se circulaba en Esta Europa más libremente que hoy; las innumerables peregrinaciones con las paradas bien conocidas por la acogida de los abades y de los conventos jalonaban los caminos. En las universidades, verdaderos centros internacionales, de una cultura universal enseñaban profesores de diversas nacionalidades tal como el alemán Alberto el Grande y el italiano Tomás de Aquino en la Universidad de París; se veía a los obispos extranjeros en las sedes episcopales de Francia o de Inglaterra. Todo esto da idea de una Europa que, aun no siendo usufructo fundado sobre el aparato financiero de un mercado común o de una

federación política casi concentracionaria, no era menos real. La Iglesia había formado este mundo en el que el Papado era espiritualmente su punto central, y no ciertamente a causa de su fuerza, sino en virtud de su autoridad religiosa. Así se había elaborado espontáneamente un derecho público internacional no escrito. Por una parte los vínculos personales —como el vínculo feudal— formaban la red de relaciones sociales sobre las que se apoyaban las instituciones; hacían imposible la desaparición del derecho privado en el derecho público; la Paz de Dios protegía a los no beligerantes, la Tregua de Dios limitaba el tiempo de las hostilidades, la “Quarentena del Rey” por la que se retardaba el comienzo del arbitraje pontifical era con frecuencia solicitada. Nadie hubiera imaginado los campos de concentración. Por otra parte a pesar de abusos ciertos, de salteadores y ladrones, el juramento que cubría las funciones en los cargos mayores de la sociedad tenía un valor de sacramento y por consiguiente una fuerza muy superior a la de un juridicismo completamente exterior. La Iglesia reconocida por todos como juez de la moralidad podía, sancionando a los perjuros, ponerlos al margen de la cristiandad. El derecho público europeo no conocía el materialismo jurídico. Fundado objetivamente sobre la unidad de la Fe, y subjetivamente sobre lo aún más íntimo de las conciencias tenía un peso de unanimidad que no pueden tener las declaraciones más solemnes de cualquier parlamento.

En tiempo de Juana de Arco este poder europeo que había entrado en decadencia, la aparición de la Reforma hizo imposible su retorno. Pero permaneció en muchos espíritus como testimonio y modelo concreto de la unidad. En la población en que Juana había crecido, aprendió lo que de hecho se conocía de las ideas tradicionales comunes en la Cristiandad. Lo que ella había retenido eran los grandes principios, los datos universales que sostenían el edificio más bien que las estructuras decadentes de las que no se encontrará ninguna justificación en sus palabras ni en sus gestos. La idea que ella podía hacerse de las relaciones internacionales, pues ella se hacía una, era pues en principio la necesaria apertura hacia Dios, fuente y garantía de un derecho público por encima de los Estados. En esto está su insistencia en llamarse enviada por su “droiturier Seigneur” recordándola a los hombres de su tiempo que la olvidaban. Pero peor que el olvido, la locura de nuestro siglo ha sido su pretensión de fundar una comunidad mundial sin fronteras sobre el fantasma de una contra-religión del hombre, que no es en verdad, sino el culto de la especie donde reina, gracias al cientifis-

mo y en detrimento de los más débiles, la ley de la lucha por la vida bajo las formas más sabias de la animalidad. El error estará en haber querido hacer una Europa no comenzando por la unificación económica, sino en tener esta unificación por principio de una supranacionalidad cuando ella no puede engendrar más que servidumbres materiales si no se la subordina al respeto al individuo. La vanidad de este siglo estará en haber creído, por la palabra de los poderosos del día, en la justicia y en la paz universales por transferencia de la soberanía incondicional de los estados a un Superestado continental o aún mundial. Este peligroso retroceso de la cuestión no cambia la naturaleza de esta soberanía sino que por el contrario agrava su carácter absoluto por la amenaza de un internacionalismo apátrida y de un supernacionalismo sin Dios, con sus consecuencias totalitarias, o sea homicidas.

¡Frente a estos tres monstruos: la Contra-Iglesia, la Economía y la Política la más alta instancia internacional exorcizando estas debilidades o esos peligros ¿no es la “droiturier Seigneur” de la Doncella? ¡No veamos, no busquemos en esas dos palabras ni mojigatería ni ingenuidad! Su brevedad no puede ser insignificante más que para la ignorancia o prejuicio. Porque es único, trascendente, Dios, este “droiturier Seignier” confiere a estas palabras una universalidad que las impone a todos los hombres, a todos los pueblos. Pronunciadas por la santa, anuncian, sin otros discursos y sabias teorías, la base espiritual de la auténtica internacional descartando el condicionamiento de los pueblos por la fuerza o su sumisión a tutela bajo el poder de Mammon que no puede adorarse al mismo tiempo que a Dios. Respetando, con toda seguridad, los famosos derechos naturales del hombre, pero también los otros derechos legítimos del individuo: sus bienes, sus tradiciones ancestrales, su inserción en una patria que le forma, el hecho de ser quien es en la integridad territorial y en su razón de serlo, estas dos palabras engendran una moral superior a los Estados y a sus jefes. Con la santa pensamos, contra el optimismo de los constructores de Europa o del mundo unificados, que las sociedades humanas no están al abrigo de empresas de imperialismos crónicos más que a condición de remontarse hasta el Maestro incondicionado de esta moral internacional, Cristo, que ostenta la eminente soberanía, mientras que su Iglesia, sin poseerla, sin asumir el poder civil de los gobiernos, queda ante ellos como su testigo y su juez.

Juana de Arco no pronunció más que estas pala-

bras: mi "droiturier Seigneur" con que la virgen de Domremy entronca con la gran tradición de Tertuliano, de Agustín de los grandes escolásticos, de Victoria, de Pio de Poitiers que, con títulos diversos y bajo diferentes aspectos, habían abordado en sus obras los problemas de derecho público, donde exponían los principios y el fundamento en Dios de la Internacional auténtica. Pero ella no es especulación pura. Es haciendo irrupción en el curso de una larga guerra, en el transcurso de acontecimientos decisivos para el Occidente, que la "Hija de Dios" fijó en acto y concretamente estas verdades. Su realismo inspirado es el haberlas proyectado en las perspectivas de la historia con el esplendor de una victoria milagrosa que nos prohíbe en adelante recusarlas y en consecuencia nos ordena ver en la Doncella y su obra la divina manifestación tangible y visible de la única verdad política. Su privilegio, del que no se encuentra ningún ejemplo parecido, es haber sido sobrenaturalmente elegida para afirmar, desafiando la guerra y sus riesgos, en medio de pueblos levantados unos contra otros, en una crisis general en que la misma Iglesia desgarrada no escapaba al desorden, que la razón última de toda política descansa sobre la Realeza universal de Jesucristo. Seis veces por lo menos lo ha explícita o implícitamente proclamado.

Puestos así los principios de Unidad abre ante nosotros el camino de una nueva cristiandad, Juana, en el umbral de los tiempos modernos, no ha previsto seguramente, ni preparado los regímenes internacionales del equilibrio europeo, de alianzas efímeras, de nacionalismos hegemónicos, ni los sueños de democracia universal, etc., que, después de ella se han sucedido al ritmo de los conflictos que los provocaban o los abatían uno después de otro.

Por el contrario, por encima, más allá de estos siglos en que las naciones se han encerrado en su egoísmo y nosotros mismos en nuestras negaciones, Juana restablece los sostenes de la verdadera sociedad de naciones rica de una internacionalidad cristiana que, concordando con las auténticas aspiraciones del

hombre, abre, apoyándose en Dios, una común supranacionalidad.

No hay sociedad internacional sin nación. Los ingleses le rindieron homenaje por haberlos restablecido en su insularidad que les ha permitido conservarse ellos mismos, pero también podrían reprocharse no haber seguido su llamada a la unión en la cristiandad, puesto este rechazo es en gran parte el origen de los desgarramientos del mundo moderno; por ellos como por todos los pueblos Juana de Arco permanecerá como modelo de patriotismo perfecto que implica siempre la aquiescencia y la complementariedad de las naciones hacia un concurso original para ser mejores y al intercambio entre la humanidad.

Se ha dicho que la idea de patria desconocida de su tiempo había sido entre nosotros (los franceses) obra de Juana de Arco. ¡Qué error! Si la escuchamos, la oiremos defenderse y sobre todo defendernos del neopaganismo de poner a un lado la patria como un absoluto y del otro a Dios que se quiere deliberadamente ignorar. La idolatría de la nación que se ha visto ir demasiado lejos en nuestros días ¿no ha sido fatal al verdadero patriotismo? Éste no es el de Juana de Arco ni el de sus compañeros, magníficamente desvelados por ella. Este patriotismo no es laicisado; no es ni espartano ni romano, no tiene la inflexibilidad de los jacobinos que le quiere atribuir Michelet. Es a la vez religioso y nacional. De Domremy, su pueblo, y de sus recuerdos de infancia, ella habla con los más bellos fragmentos literarios del siglo xv. Pero su amor a Francia que ella llama el "Santo Reino", lo extrae de lo profundo de su sangre y de los fastos de un pasado que ilustran Carlomagno y San Luis. Su piedad la rodea de un noble sentimiento de impulso hacia Dios que es su Creador y Rey. Lejos de limitarla tener a un fin en sí, le muestra por el contrario el concurso pacífico en la familia de las naciones humanas: le hace ver la vocación cristiana y civilizadora que la historia le reconoce y que el porvenir espera aún de ella como de todas las patrias, cada una a su medida y según su propio genio.

... así dijo Yahwé a los... que escogieron lo que yo quiero y abrazaren mi pacto:

Yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré que nunca perecerá.

Y a los hijos de los extranjeros que se llegaren a Yahwé para ministrarle, y que amaren el nombre de Yahwé para ser sus siervos: a todos los que guardaren el sábado de profanarlo, y abrazaren mi pacto,

Yo los llevaré al monte de mi santidad, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa, casa de oración será llamada de todos los pueblos.

(Isaías, 56, 4-7)
